MARÍA MORENO
La merma

MARÍA MORENO

La merma

RANDOM HOUSE

A mi hijo Manuel porque me salvó la vida y la sostuvo más allá de lo posible.
A Cristina por todo y las "efectividades conducentes".
A Beba por la increíble hospitalidad.
A Liliana porque me sacó a pasear y volvió a hacerme reír.
A Mayra, siempre, y por la dedicatoria que le quité en ese otro libro.
A Amelia, que me aportó la tecnología para salir de mi casa.
A Mara, Silvia y Rosina por los variados e infinitos cuidados.
A Renata por las charlas diarias y desopilantes.
A Gaby porque me recuerda siempre lo que hay que cambiar del planeta.
A la memoria de mi gato Maula, enfermero amoroso y constante.

Soy hija de varón, una doble agente, falsa acólita, o la que le conoce "las palomitas de los calzoncillos" a la coalición masculina, como se decía en épocas fecundas en metáforas un poco soeces.

Siempre lista para robarles sus ideas, pero *invertidas,* con otro sentido del que ellos las pensaban aunque con su misma retórica, sus poses, también sus cobardías. Machona.

Los traiciono seduciendo a sus enemigos, no lo hago a propósito —me los han señalado ellos mismos con sus habladurías—, son mentes brillantes o ellos las vuelven brillantes con sus envidias convertidas en una especie de pasión apolínea que no cesa.

¿Son paranoicos? En todo caso, susceptibles *colas de paja.* Poca cosa para la hombría que han construido y que no soportan. Una palabra los une: "humillación" (su pasado es obscuro, el de todos). No hay padre que mostrar. Necesitarían varias vidas para vengarse, sus dolores no tienen fondo. Por eso festejan sus éxitos con gran alharaca (no son dandis).

Suelen reírse *in crescendo,* forzados, dándose manija, hasta llorar histéricos. En el fondo, cada uno quiere matar al otro.

De cuando en cuando, un pequeño éxito los hace respirar, es entonces cuando les amargo la vida. No les importa, yo no cuento salvo por lo que ando contando por ahí.

Caídos, los convenzo de lo fatuo de aquello en que han sido derrotados, los consuelo con palabras sabias que, en alguna medida, les pertenecen, pero mi *insatisfacción* los preocupa lo

mismo que mis caprichos. Les exijo estar a la altura de sus ideales, que yo sola parezco conocer.

Día fatal: uno, el más violento, se pone furioso, grita y bebe hasta emborracharse. Termina agarrándosela conmigo. Traidora. Chupamedias. Me he metido con uno que ostenta un título universitario, un profesional trepador, encima venido de París. Eso que me acuesto con todo el mundo, aunque, claro, siempre "de la parroquia".

Sigue la monserga, no se detiene. Mi llanto hipócrita tampoco, se diría que ni siquiera lo advierte. De pronto, traslada su cólera a otra mesa del bar donde nos reunió la madrugada. Termino salvándolo de la policía que ha sido advertida y viene en camino. Al día siguiente no hay disculpas, ni siquiera una mención del acontecimiento. ¿Qué soy? ¿Una hermana o una madre? Nunca lo supe. Otro, por carta, me llama "hija". Y otro va a visitarme a Europa, donde me han invitado para participar de un congreso, preocupado porque tuve un accidente por el que me olvido de leer y escribir. En síntesis: todos han tenido una infancia difícil, un padre imposible que subliman en los libros que escriben. La escritura es una venganza que no cesa, es infinita en el dolor que provoca. No vacilo en echar leña al fuego: interrumpo sus conversaciones adulando a sus enemigos. Simulo estar fascinada mientras ellos me explican largamente sus objeciones.

Triunfantes por algún episodio ocasional, los bombardeo con críticas lapidarias. Soy indiscreta pero siempre hay alguno que me delata cuando mis habladurías alcanzan sus capacidades eróticas, entonces me castigan con una larga protesta insultante, luego dejan de dirigirme la palabra. Lloro a mares, con hipo, con suspiros. Obsecuentes, se asustan y me regalan un libro. Pronto vuelvo a las andadas. Me interrogan.

¿Estuve leyendo a tal? Traidora. Colonizada. Yo estuve leyendo a Colette, en el colmo de la osadía me la explican sin leerla.

Comienzo a escribir en los diarios. Más temprano que tarde exigen su página. Termino entregando una nota sobre la muerte de su maestro, cuyas aulas llenan a pesar de desconocer su idioma. Lo hago en una revista vigilada por la censura salvo en sus tapas eróticas. Los censores se ocupan de la política y mis notas no se entienden nada, por eso la necrológica del maestro pasa. *Pasan* mis notas tranquilizadoras por frívolas —siempre hay uno que retiene el papel y dice "tiene algo", pero nunca se decide a rechazarla —.

Mis amigos fueron mis amantes; nunca soy "la Otra", soy siempre "Ella". La mayoría son trepadores y alguno se convierte en mi jefe. Piensa en llegar a ser el director, pero cuando el director se enoja porque nos conocíamos de antes, lo echa. Otros jefes me la tienen jurada, me corrigen cada coma y mi sola existencia los abruma. Los debo mirar *de cierta manera* pero no lo hago a propósito. Me asocian a vanguardias que se oponen a la vanguardia, mientras ellos (los otros) envejecen en un realismo con frases cortas.

Ellos tienen la misma escuela de pensamiento de la que creen transmitir el verdadero sentido y cuyas obras conocen por traducciones con un intérprete de lengua original. Exigen que les haga entrevistas y después me las leen en voz alta en el bar. Ahora todos han muerto y de mí, queda solo la mitad.

LA “OPERACIÓN”

El 3 de julio de 2021 tuve un accidente cerebrovascular que me provocó parálisis en el lado derecho del cuerpo, incluida la mano. Nunca pensaba en ella, simplemente estaba ahí para sostener lo que necesitara, sin siquiera decidirlo —dinero, manijas, llaves, los cubiertos, cualquier artefacto que sirviera para no caerme, excitar y acariciar, gestos en los que había adquirido cierta astucia, bañarme, que nunca dejó de provocarme cierto disgusto quizás porque la casa donde había pasado mi infancia se parecía bastante a la intemperie—, pero sobre todo para servirme en mis caprichosas asociaciones literarias: era *la mano de escribir*. Que poco antes me hubieran llamado para dirigir el Museo del Libro y de la Lengua cuando ahora hablaba en una especie de glosolalia y no podía sostener un libro ni leerlo recordaba una obra de Copi; como la vida tiene los argumentos más extravagantes, era despóticamente real. Mi mano derecha yace exangüe, lívida, sobre una plataforma de elevación; los dedos apiñados, las uñas pintadas de rojo, apenas firmes para sostener un abanico como las damas en un cuadro de Prilidiano Pueyrredón. Mi pierna derecha *se siente* como la del capitán Ahab, pero mucho peor escrita. No lo hago con las palabras que deseo; a estas las olvido fácilmente. Escribo las que son fruto de una negociación; a veces, otras que nunca hubiera escrito de no haber tenido un ACV. Lo hago con el índice de la mano izquierda, que se ve obligado a realizar con el dedo pulgar simples coreografías para tocar simultáneamente Alt y la tecla

del signo de puntuación que pretendo.

Se asocia la disartria al retraso mental, a la media lengua de los niños. Solo los llamados subalternos dicen "no entiendo", con firmeza, cuando en realidad son los únicos que entienden y reconocen que detrás de los fallos del lenguaje están los antiguos privilegios de clase. Los otros no se atreven a repreguntar, manteniendo una sonrisa boba.

El neurólogo y escritor Oliver Sacks mostró la existencia del inconsciente al observar en los accidentados neurológicos una imaginación que excedía las estrategias de la enfermedad al servicio del impulso reparador y, por supuesto, al soporte material del cerebro humano. En *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, *Un antropólogo en Marte* y *Veo una voz*, Sacks registra unos "despertares" que evocan la prodigalidad creativa de un Leonardo: un músico que no puede diferenciar entre su esposa y una gorra pero que es genial, una escultora que no percibe sus manos y es un éxito, un sordomudo orador y lingüista. En cierta ocasión escuchó unas carcajadas convulsivas que provenían de la sala de afásicos del hospital donde trabajaba. Al entrar, descubrió que la reacción se estaba produciendo ante el discurso del presidente —Sacks no dice cuál, aunque se puede sospechar que se trata de Ronald Reagan—. Según el diagnóstico médico, ciertos afásicos no comprenden el significado de las palabras y sí, con peculiar precisión, la expresión que las acompaña, es decir, la *teatralidad*. Su conclusión es que a un afásico no se le puede mentir. Una mujer, Emily D, ocupante también del pabellón de afasia, sufría una enfermedad diferente, la agnosia, que le hacía comprender el sentido de las palabras pero no sus cualidades expresivas. Esta mujer determinó que el discurso del presidente no era *buena prosa*, es decir, *desaprobó su retórica*. ¿Deberían los afásicos postularse como analistas

políticos?

Yo también tuve mis musas: las de la disartria. He renunciado a mis excesos barrocos y a mis enumeraciones caóticas rococó. He llegado a la síntesis por un déficit, no por voluntad. Y he ganado lectores: ahora soy transparente, mientras que mi habla se vuelve, a veces, infranqueable.

Me muevo en una silla eléctrica (ese es su alarmante nombre correcto) y mi voz suena como un shofar que imita la voz de una tortuga en el fondo del mar.

No pretendo inspirar conmiseración. Siempre estuve, en el pasado, acostada, sentada, o bien, dirigiéndome a un taxi. Los kinesiólogos insistían en que volviera a caminar con un absurdo bastón en forma de trípode. Como la condición de bípedo es una suerte de pasaporte de humanidad, lo primero que hicieron en la clínica en la que me internaron fue meterme en un bipedestador, aparato que me mantenía suspendida en el aire para comprobar si lo hacía sin desmayarme o vomitar. Sentí, en cambio, dolor en las articulaciones, ya que bipedestarme consistió en estirarme y erguirme dolorosamente.

Sospecho que el prestigio de la marcha proviene del origen militar de las naciones y su demostración de fuerza. Ya se sabe: “Más vale morir de pie que vivir de rodillas”.

No me olvido del Éxodo, pero no recuerdo el relato, solo la versión de Walt Disney donde el mar Rojo era rojo y a Moisés se le notaban, según mi mamá, los boxers debajo de la túnica.

O fue cosa de indios en busca de alimento o de enemigos en la selva cerrada donde el machete, en principio, abría el paso de una sola persona. *Desmalezar* exige la fila y no el grupo, a riesgo de chocarse o herirse entre sus miembros (improviso ya que tengo la impresión de no pensar).

Pensar estaba fuertemente ligado a caminar, pasearme en

círculo por el cuarto, detenerme ante una ventana, abollar un papelito y masticarlo, vuelta y vuelta y solo después, sentarme y escribir lo que fuera, todo de un tirón.

Nos arrodillamos —si no no somos ateos— en señal de sumisión ante Dios o Alá.

En los campos de concentración mantienen a los prisioneros acostados o sentados como enfermos o niños pequeños, es decir, *vulnerables.* Y no se alienta a la revolución desde una silla o un banquito, ni siquiera se da una clase magistral, a excepción de las Madres de Plaza Mayo.

Fue muy difícil convencer a los líderes de la autosuperación de que no quería caminar a la edad de morir o de durar. Escribir fue otra cosa, dado que no era zurda. Pero hay una distancia mental entre lo que pensaba haber escrito y lo que muestra la pantalla: letras comidas (casi siempre las vocales), palabras intercaladas. “Pintar” un párrafo y “pegarlo” puede tomarme un tiempo precioso. Las cursivas, que tanto me gustan, suelen morder a otras palabras que no había elegido. Todo eso me llevó a pensar la escritura como un trabajo fundamentalmente manual. O de circo, ya que una frase lograda —nueva, corregida o aumentada— me parece tallada en un grano de arroz. De un escrito al otro, como siempre, suelo cambiar de idea o de tono pero he olvidado las circunstancias y a veces llego a odiar esa autora eufórica que fui, falsamente desenvuelta y con una voz sin sobresaltos. Mucho de lo que publiqué en los últimos tiempos es plagio de mis textos anteriores a mi ACV y lo que escribo ahora, de mis textos recientes, puesto que he gastado en autorrobo todos mis viejos archivos. Repito para ganar tiempo o páginas, para

no esforzarme tanto, después de todo es mi *propio capital*. Tengo derecho, ¿o no? Por fin pertenezco a un grupo vulnerable y hablo en primera persona y no en nombre de otros como un alma bella biempensante o “paladín de la criada”, expresión de un matemático jocoso que terminó suicidándose. Ahora vendrán los premios y los reconocimientos, que, en el fondo, se deberán a mi silla de ruedas, y no a mí.

Escribía, como siempre, con dos dedos y a la gran velocidad adquirida en mis años de periodismo, de presionar demasiado las teclas como si tuviera una suerte de memoria física de la Olympia que había golpeado rítmicamente en las redacciones de los años ochenta. De pronto, una flojera suave, sin dolor, en la mano derecha y ya no pude seguir. Había experimentado algo así, en forma muy breve pero lo suficiente como para reconocerlo: un *desmayo raro* en plena conciencia. No podía hablar ni caminar, pero todavía no lo sabía. La mano izquierda insistía sobre el teclado como si, simplemente, se tratara de haber perdido el ritmo. Tenía el lado derecho del cuerpo paralizado, incluida la mano. Estaba muy tranquila. De algún modo me consideraba una bestezuela fuerte. Y de algún modo, lo era. Trataba de mover la parte del cuerpo que ya no sentía, como un carnero que se da con los cuernos una y otra vez contra el mismo obstáculo. Intentaba terminar mi frase. Pero la izquierda también fallaba. *De su lado*, roto el principio de simetría, mis órdenes mudas no se cumplían. Había sucedido una hecatombe y yo quería llegar al final de mi frase. Necia. Debía tener la lengua asomada a los labios como los gallegos de los chistes xenófobos —a eso lo pienso ahora—. Sentía la boca torcida y rígida. No me daba cuenta del todo. A pesar de que mis tormentos suelen ser anticipatorios, en ese momento la negación se había apresurado a hacer su trabajo, estaba segura de que el fenómeno no duraría mucho. Cuando calculé

cómo tirarme al piso sin lastimarme, me imaginaba que estaba haciendo tiempo. Caí lo más suavemente que pude, aunque con un ruido suficiente como para que los vecinos corrieran a golpear a mi puerta como lo hacían algunas noches en que hablaba y me reía con las ventanas abiertas al patio interior y un fondo de televisión a todo volumen (no nos queríamos y los mínimos incidentes eran meros pretextos para expresar nuestra mutua hostilidad). Yo devolvía las quejas chistando ante el llanto de los bebés y las peleas a gritos (en eso me llevaban ventaja puesto que ellos, contrariamente a mí, no vivían solos) y ahora que lo pienso, nuestras respectivas protestas eran la defensa de una forma de vivir y yo tenía en la punta de la lengua la palabra "burgueses" pronunciada con el mismo asco que en mi pasado de joven marimacho. Ahora la punta de la lengua estaba rígida y ellos no acudían en mi auxilio por más que gritara y golpeara con la mano *buena* la tapa de la mesa ratona haciendo rebotar, unos con otros, los vasos sucios de la noche anterior. Luego le dijeron a mi hijo que no habían oído nada. No les creí. Esa voz ininteligible pero alta, casi una brama, esos golpeteos ciegos contra un mueble los alarmaron sin despertar su piedad o su curiosidad. Tal vez imaginaran prácticas sadomasoquistas, una resaca mayúscula con la ocurrencia de practicar percusión.

De pronto sentí que me conectaba de nuevo: arterias, habla, movimientos. Me senté y retomé mi frase. Estaba entre signos de pregunta. Me faltaba el del final. Lo puse y corrí al teléfono. Le dejé un mensaje a mi hijo, preciso y escueto. Y todo volvió a empezar.

No pertenecer en forma simétrica a la mutación que había sufrido me hacía pensar que era tullida entre los tullidos. La belleza es hoy quirúrgica, química, ortopédica. Y no hace falta el caracol Nautilus para recrear el número de oro o la divina proporción. Pero la gracia sigue siendo la invención capaz de hacer con el modelo borrón y cuenta nueva como cuando el *factor chimpancé* de Brigitte Bardot hizo pedazos el edificio sublime de huesos y luz de Greta Garbo.

La mayor transgresión al modelo de belleza humano es quebrar el principio de simetría —Orlan, al hacerse ordenar simétricamente sus prótesis frontales, ha sido conservadora—. Por eso elijo como *objeto hermano*, dentro de un modelo de belleza, el brazo de fibra de carbono de Mario Bellatin, que no es un instrumento sino *por añadidura.* Nada lo emparenta con el caduco modelo analógico de tiempos pasados donde, en una materia acerada color carne, el símil de las venas exigía a un artista anónimo un azul difuminado de acuarela; no sugiere que está en lugar de algo que falta sino que el mismo sobra en cuanto exceso y lujo. Barroco, por su lomo de reptil imaginario, engarzado en una pinza de metal, lejos *de hacer juego con* solo puede ser una pieza impar como el diamante Krupp amarillo o una Bugatti Veyron 164. Entonces su contacto con la carne parece aleatorio, como si fuera el efecto de un rapto que lo ha expulsado del lugar que lo acogería mejor para promover la distancia necesaria a la admiración: el estuche de terciopelo o raso. Durante una

acción común con el brazo orgánico —por ejemplo, untar un canapé— sugiere que este es un esclavo y él, en cambio, una majestad despótica vagamente mutable en arma galáctica. Mario Bellatin lo *edita* con una bocha rapada de iniciado que contrasta con la voluptuosidad muy bien dibujada de sus labios, producto de la naturaleza, *esa coyuntura*; la túnica, toga o traje talar también atenta contra el principio de simetría al cubrir casi totalmente esos tubos de tela monocorde, alineados a derecha e izquierda y por siglos asignados al bípedo masculino, llamados pantalones (esto ha desencadenado el rumor de que Bellatin usa pollera, aunque yo que lo he visto ya dos o tres veces, jamás lo vi con un kilt o cosa que se le parezca). Los pies son bellísimos, dorados —uñas blancas y perfectas—, ligeramente curvados hacia dentro como para el ejercicio de ciertos asanas (observación que pude hacer cuando él se hallaba reclinado, tal vez dormido, en un asiento de ómnibus vía Buenos Aires desde Pringles).

Tengo que vestir mi lado muerto o como me sugirió Fernanda, pintar de dorado mi silla de ruedas y tatuarme el brazo con una larga serpiente, una cobra cuya cabeza me cubriría la mano.

Sentí que flotaba, aferrada a la imagen de mi hijo, a su voz tranquilizadora en la que percibía un ligero temblor. Me apretaba la mano y yo apretaba la suya para mostrarle que no me había desmayado. Los camilleros decían que no podrían llevarme. La escalera era curva y una bajada en el techo no dejaba pasar la camilla. Me sentaron en un sillón para que los antebrazos impidieran que me desmoronara sobre un costado. Al bajar, hicieron tanta fuerza que pensé que me soltarían. El mayor de los camilleros me sostenía desde atrás. Le hablaba duramente al otro, apenas un muchacho. Yo veía su cara encendida y entendí que no me cuidaba a mí sino a su trabajo. Cuando me dejaron en el piso, su cabeza me rozó la falda. Para él no fue un gesto equívoco. Pero yo me imaginaba, como suele suceder, que tenía otra edad, diferente de mi edad cronológica. Quiero decir: no me sentía una jovencita, lo cual me libraba del ridículo, pero casi de manera inconsciente, me medía en el tiempo en que era fértil y agradable. La parálisis despertó mi realismo. La imagen de mí misma fue la de mi edad. El cabello largo era una cita del rock and roll —género que me resultaba indiferente—, no una de la coquetería de la juventud.

Mucho más tarde —o no— recuerdo la escena cubierta de una leve neblina: estoy en una ambulancia que se detiene a cada rato por el tránsito, el paso de los transeúntes en los semáforos o en las paradas de colectivos. Me siento impaciente, asustada no, casi colérica. Pasamos por varios

sanatorios, la central de Medicus, el Otamendi, el Instituto del Diagnóstico: en ninguno había cama a disposición. Y a cada parada tengo deseo de que sea la última y, al mismo tiempo, recuerdo a los que murieron en cada “nosocomio” y me repliego. C en el Otamendi, y eso que estaban por darle el alta. También R, que, en rigor, no murió allí porque había sido trasladada a un instituto especializado y ahí sí, murió. Cuando me aceptaron en el Güemes quise imaginar una cábala: si el general no me decía nada, sí la nominación de *Montoneros*, de su ejército, pienso ahora por lo que viví más tarde. No sabía en dónde había muerto M pero, por su obra social, deber haber sido en la provincia. Aquí hay una laguna. Me despierto en un círculo de camas, la mía con correas de cuero que me sujetan. No me quejo, no adhiero a los biempensantes, aunque me consideren una. Repaso con la vista: una mujer con el ojo vacío a la que tardan en ponerle un vendaje, un viejo atado con vendas en las muñecas y en las piernas —patalea, patalea mucho—. Me pregunto si lo ataron porque se movía o si se mueve mucho porque lo ataron. Miro fijo a la del ojo vaciado y me hace *fuck* con el dedo. Enfrente, en su cubículo, un hombre joven habla por celular. Parece estar concretando un negocio. Dice que está otra vez internado y luego con cara imperturbable: “Estoy en mi mejor momento”. Me da alegría ese acceso de humor en la UCI y pienso que ya tengo una anécdota para contar. ¿Imagino una convalecencia con público, una *performance* dirigida, una novela como esta? Nada de nada. Mi primera defensa ante el acontecimiento que narro es la siguiente: miento. Eso lo pensé mucho más tarde, de hecho, parece que me estoy muriendo. La enfermera se para en el centro del círculo de camas y se dirige a mí. “El ACV es extremadamente grave. Hacen falta años de rehabilitación. Puede repetirse y

ser peor. Las secuelas durar para siempre. La que sufre es la familia. O se borra. He conocido muchos casos. Los internos con escaras infectadas, las nalgas en llamas, un segundo ACV que ya es irrecuperable”. No me asusta: me da curiosidad, morbo. La memorizo para venir a insultarla cuando logre caminar. Por ahora sueño muy a menudo que camino y que nadie se ha dado cuenta y entonces (en el sueño) me acuerdo de la enfermera de la UCI, de otras a las que guardé rencor durante mi internación y pienso castigar cuando camine. Es al mismo tiempo una venganza y una desmentida. Un sueño es recurrente. Varían los escenarios, los *partenaires*. En uno estoy en una exposición de autómatas del siglo XVIII. Reconozco al “escritor” que mueve la cabeza como si atendiera a la pluma que moja de vez en cuando en el tintero. El escrito está en letra cursiva y pareja. Recuerdo que los autómatas de la calesita del jardín zoológico me aterrorizaban. Uno movía una batuta, el otro un triángulo y el tercero una pandereta, los tres llevaban turbantes y babuchas de turcos. La primera vez que vi moverse la varita lloré tanto que hubo que detener la calesita. Entonces dejó de sonar el organito y los autómatas —sus gestos en el aire se detuvieron—, todo estaba sincronizado. También había en la exposición del sueño un ave transparente que comía y mostraba el pasaje de la comida —una galletita— por los órganos de la digestión y que, al final, emitía un símil de excremento. ¿Aludía a lo que de ahí en adelante me tendría que tragar?

Yo caminaba a grandes pasos y se diría que la exposición era enorme porque no me detenía. En mi infancia le temía a la apariencia de la vida, su miniatura. Cuando visité en Tilcara la iglesia de San Francisco, el bajar la cabeza del santo que salía y daba su bendición a la multitud, su misma tosquedad me habían inquietado. Nada en su movimiento lo

apartaba del cielo; con una mano abarcaba a la multitud —de turistas más que de fieles—, con la otra apuntaba hacia arriba como una antena. No había en el sueño ninguna experiencia de mi nueva situación, salvo en la figura de los autómatas que podían representar la silla de ruedas en la que me desplazaría en el futuro: algo que se movía por un mecanismo —la electricidad— y una parte humana, yo. Soñaba lo mismo con algunas variaciones y una insistencia: caminar. Los escenarios eran indistintos, un banco, una fiesta, la calle. Algo así como "Tengo que anunciar la buena nueva. Camino". Ya podré ir al bar de la esquina, a un acto, a una presentación. Aquí figura el acontecimiento, pero superado. En otro sueño era consciente de haber quedado paralítica, aunque de pronto sentía que podía mover las piernas, me ponía de pie y caminaba. Tenía que avisar a mis amigos, ir a la fiesta que había suspendido. Luego me despertaba de mal humor. Y soñaba que todo eso había sido un sueño pero que ahora era verdad. Verificaba que no había sido un sueño (en el sueño). Me despertaba y volvía a soñar: que ahora no era un sueño, que caminaba y *tenía que avisar*. Vagamente sentía que muchos no se alegraban con la noticia, ellos (ellas) los que me creían fuera de juego. Me despertaba, boca arriba, pegada a mi brazo inmóvil. En otros sueños caminaba entre ruinas o por el Estado de Israel. Pero las ruinas eran de edificios enteros, aunque estaban cubiertos de polvo como si hubieran sido bombardeados, y el Estado de Israel, una galería del Once. Este era mi sueño más realista pero también el más incomprensible.

Los sueños eran aparentemente vulgares como expresión de deseo y comenzaron en la casa de Palermo. Había vuelto a caminar y nadie se había dado cuenta. Son los otros los que no lo saben. En el despertar me sentía angustiada. Al

principio, no cuando volví a mi casa. Pero nunca soñé con que andaba en silla de ruedas.

Sara, una *influencer* de TikTok, surfista y perteneciente a Input-work, no se entrega de buen grado a las interpretaciones: “A ver, ¿cómo explico yo esto para que no suene a que estoy mal de la cabeza? Vamos a empezar hablando del tema de las gafas. Yo llevo gafas desde que tengo cinco años y tengo veinticuatro años. Yo jamás he soñado que tenía las gafas puestas. En mis sueños veía perfectamente. Pues lo mismo me pasa con las manos y con los pies. Yo sueño con mis manos y pies de carne y hueso de toda la vida. Jamás en lo que llevo de amputada, seis años va a ser dentro de poco, he soñado con prótesis, jamás, no recuerdo (piensa un poco). No, no recuerdo. Es verdad que normalmente no me acuerdo de mis sueños pero las veces en que me he acordado, no he soñado con mis prótesis ni siendo amputada. Siempre he soñado con mi brazos y pies de toda la vida (riendo), bueno de *casi* toda la vida. Y no creo que eso signifique que lo tengo aceptado o superado o no porque es un sueño y los sueños son sueños. Obviamente yo añoro mis manos y mis pies porque, aunque aquí me veas haciendo el tonto y tal ¡joder!, he perdido mano y pies, quiero decir que no es un plato de buen gusto. No sé si esto quiere decir que los añoro ni que he aceptado esta situación, bueno, mejor me callo”.

Me llevan en ambulancia a la clínica de rehabilitación. Una mujer joven de cabeza rapada me acaricia las manos, me dice palabras que oigo a medias, vulgares para su propósito —tranquilizarme—, hipnóticas en su ritmo. Tiene un reloj pulsera chato y ancho, un hacha de metal diminuta colgando de la oreja —una lesbiana descodifico, con la conciencia lenta pero con un saber anterior que el infarto cerebral no ha borrado—."No reconozco el barrio", digo por señas. En realidad, no lo conozco.

Serendipia doncelar criptografía: son palabras sueltas que me vienen a la cabeza en distinto orden y cuyo significado ignoro.

—Ya llegamos. —Es mi hijo el que habla. No veo la clínica, solo una enorme persiana que lentamente sube hasta la mitad y, detrás, dos figuras con barbijo que salen de la oscuridad. Recuerdo la nave espacial de la película *La llegada*, de la que conservo la imagen, no el nombre. Ahora comprendo la obvia asociación.

Me vuelcan de la camilla a una especie de escáner que poco a poco me arrastra del lado de adentro. Se prenden luces en el techo que me obligan a cerrar los ojos. No me tocan. Hace un frío intenso. Olor a desinfectante. Me colocan una cofia y unos zapatos de cirugía, me envuelven en un guardapolvo. Saludan con afabilidad. Por la voz, reconozco a una mujer. A un hombre, por el brazo y los tatuajes selváticos, recorridos por el de una cobra. En la práctica mi concepto de género es

precario. Comienzo a balbucear, a pesar de que no se entiende nada —al principio no era consciente de eso—, a intentar tocarlos con la mano izquierda. La mujer me felicita, para un accidente como el que tuve, estoy bastante bien. Lo hace con voz falsamente eufórica, como se da la bienvenida a los niños pequeños en el jardín de infantes. La persiana baja sobre mi hijo. “La paciente de la doctora Chang”, escucho, a quien creo no haber visto nunca.

Estoy en cuarentena durante dos semanas. Seguramente y, dado que paso algunas horas sin testigos, comienzo a elaborar mi plan. “Operación”, esa es la palabra con que lo pienso y con que lo nombro a quienes exijo ansiosamente complicidad. Pero no es un plan, puesto que solo puedo imaginar su realización y ningún paso previo, y mis supuestos cómplices tampoco los sugieren por razones de seguridad. ¿Seguridad de quién? No la mía, por cierto, ya que estoy prácticamente custodiada por el ir y venir de los enfermeros y por la centralita en cuya pantalla registran probables convulsiones, ataques cardíacos o una excitación rebelde a los somníferos, pero sobre todo a pescarnos fumando. Mi demanda se vale de la síntesis por razones obvias. Estoy adaptándome a resumir e incluso a recurrir a los infinitivos como los indios representados en la televisión. A los interlocutores los he elegido cuidadosamente —y no se me ocurre por qué elegí también las armas si le tengo fobia a las explosiones y unas pastillas de fenobarbital compradas por internet bastaban para el famoso plan—, asegurándome el no ingreso de las nocheras que desaparecían, justamente toda la noche, clamáramos o nos desgañitáramos hasta que nos quedáramos afónicas, menos yo, limitada en la potencia de mi voz. No podía toser ni carraspear, tragaba entre hipos y había perdido totalmente la capacidad de silbar, querible símbolo de la

mujer moderna, pensaba, o simplemente machona a la que, aún desafinada, le gustaban algunos tangos de la Guardia Vieja, cuyas melodías ya casi nadie de mi generación recordaba, como yo no recordaba ninguna letra de rock nacional de la época de Malvinas, cuando conservaba un lacónico pacifismo y escuchaba sin entender las entusiastas explicaciones de mis amigos de izquierda, entre los que había hecho mi "selección", meditada tan puntillosamente como no lo había sido la logística ni la estrategia de lo que llamaba íntimamente la "Operación". Había dejado mensajes a unos militantes jubilados, ex exilados o sobrevivientes de los campos de concentración; a un joven narco, ladrón ocasional; a una acérrima defensora de los derechos humanos, incluido el de darse muerte. Mi evaluación había sido fría. No podía hablar con claridad, ni leer ni escribir, descontaba. Miraba con bronca las imágenes en mi celular de muchachas en sillas de ruedas vestidas como putas, que se desplazaban con la fuerza de sus *dos brazos* y hasta hacían deportes, hábiles en mantener el equilibrio en dos ruedas, o que formaban parte de grupos de ballet usando solamente la parte superior del cuerpo en una gimnasia elemental —los aplausos las acompañaban ya desde la entrada como ejemplo de superación personal y puesta en escena de "otra clase de belleza"—. Se me había olvidado que no era la silla lo primero que veían o no veían en mí, la invisibilidad no se debía a mi condición de "disca" sino a mi vejez. Pero me adelanto. Ese brazo muerto me hacía *disca entre los discas* o debería buscar en internet otra comunidad más afín, por ejemplo, la de los amputados, Polio Word, pero esos parecían ágiles y desenvueltos en sus prótesis biónicas y hasta competían en los desfiles de moda, gozando de la política de la diferencia, ahora centrada en la exhibición y de ninguna

manera en la mímesis: manos con venas y pliegues hiperrealistas que por lo general iban a parar a un bolsillo del saco.

Recuerdo que los clasifiqué en varios grupos exigiendo destreza con las armas. Estaban los que me seguían la corriente y desviaban la conversación, los que se ponían paranoicos y borraban rápidamente el mensaje —cuando menos habían formado parte de la lucha armada, más se alteraban—, los que se atrevían a sugerir otros métodos más prácticos y con menos individuos en acción. Por supuesto que el toxicómano, que estaba tan lúcido como yo, fue a ver si todavía conservaba el Mauser y escuché que se tropezaba con los muebles por lo que deduje que estaba borracho.

S había sido entrenada en Libia, por Al Fatah. Pero le tenía miedo a la oscuridad, a las tormentas, a los crujidos de los muebles, a las ventanas sin cortinas en donde imaginaba la cabeza de un hombre. Había pasado varias noches en una casa operativa en San Justo, cerca de donde su organización guardaba las armas. En la casa había un número determinado de FAL, granadas que servían para derrumbar paredes simples, FAP recuperados del ejército y, lo más gracioso, detonadores hechos con latas de duraznos y otros cazabobos domésticos, como los buscadores de cloacas fabricados con envases de Odex. S era tan mala ama de casa que no reconocía esos envases y creía que las etiquetas cumplían alguna función en los objetivos del artilugio. Sin embargo, cuando vio algunos detonadores le pareció percibir algo familiar. Eran relojitos de lavarropas. Yo me desternillaba de risa mientras lo contaba, pero a ella se le ponía la piel de

gallina al recordar esa noche en que, excatólica, había rezado de principio a fin.

—Por empezar, no me gustaba el barrio. Era el mío, pero un poco más lejos. En Tolosa no me conocía nadie, pero si me veían iba a despertar sospechas por estar sola ahí y no haber visto señales de mudanza. Todas las ventanas eran con rejas, cortinitas blancas, transparentes. Cómo no iba a prenderse una vieja en medio del teleteatro. Yo misma dejo lo que estoy haciendo, doy una vuelta para desentumecer las piernas y miro sin ver la vereda de enfrente. No más llegar fui con el cuento a la primera que vi. Me acuerdo que era verano, entonces era fácil explicar que me había adelantado a mi marido que estaba en la playa, con los chicos. Pero eso fue lo de menos. La vieja parecía convencida pero no curiosa y yo ¿viste cuando el alivio te cae de golpe? Sentís que la sangre te empieza a correr de nuevo, que transpirás frío, pero bien. Y ¿podés creer que mientras hablaba con la vieja de mi marido esto y de mi marido lo otro, me dio como una congoja?, extrañé al flaco hijo de la gran puta que me había cuerneado hacía como diez años. ¡Lo que es el rencor! Nunca pensás en eso y pasa el tiempo y de repente faaa, una cosita de nada y volvés otra vez para atrás como en el juego de la oca, ¿no?

Yo le hacía contar la historia a S cuando estábamos con otras amigas. Total, ya no había nadie a quien acusar. ¿Acusar de qué? ¿De haber estado en *la orga*, hacía más de veinte años? Pero dice S que cuando recién me internaron, hablaba en clave, decía “orga”, “minuto”, “metra”. Muy ajena a la militancia efectiva, yo no me sentía culpable por los riesgos que no había corrido. Pero *baldada*, me quería hacer matar por los sobrevivientes. Imitaba a José Luis Nell, el militante de Montoneros que había recibido durante los sucesos de Ezeiza, cuando se esperaba la llegada de Perón, una bala que le atravesó la médula y lo dejó cuadripléjico. Yo que había ido, solo tengo un recuerdo. Que mi compañero de entonces, cuando le tocó la botella de gaseosa que circulaba por la columna en que nos ubicábamos —estábamos rendidos, los pies llenos de ampollas, los cabellos llenos de polvo—, la liquidó de un trago y esa fue la señal del fin de nuestro matrimonio. Nell, protegido por unos compañeros en una casa de Martínez, no soportó en qué se había convertido su cuerpo de militante activo en la acción y en el uso de las armas. Entonces pidió que lo llevaran a la orilla de las vías de la estación en su silla de ruedas y, una vez a solas, se pegó un tiro en la boca. El entonces jefe de policía había dejado la zona liberada. Era Julio Troxler, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos de José León Suarez. Recuerdo a ese hombrecito tímido, que repetía una y otra vez su parlamento durante la filmación de *Operación Masacre* —dirigida por el

Tigre Cedrón—, fallando siempre, quizás porque hay algo monstruoso en *actuar* un testimonio. La silla de ruedas no me parece suficiente para explicar mi identificación. Quizás era un desplazamiento de la imagen de Lucía Cullen, la mujer de Nell, una joven cristiana cuyo elogio no logró entre los militantes que la ensalzaban en una película que pudieran recordar ninguna de sus acciones ni sus palabras. Tal vez hubiera algo de eso en mis maquinaciones de tullida. Pero S fue la única que se atrevió a burlarse de mí: "Más adelante lo hablamos y vemos qué hacer". Y seguía contando la historia, medio recitándola y como si estuviera dando en un examen una bolilla difícil, después envalentonada, encendiendo un pucho con mucha lentitud y masticando las palabras y puntuando con silencios para hacer suspenso. El principio era siempre el mismo:

—Lo primero que vi fue algo en la entrada que me hizo prestar atención. No, no, nada de los zumbos o de la patota que a veces dejaban (si habían pasado, no sé) una puerta violada, por ejemplo, y el pasto "tocado" (tenía un compañero que sabía "leer" el pasto). Para dónde se había inclinado, si estaba para todos lados era una cosa, si estaba chato era otra, si estaba parado era que no había pasado nadie, no es que eso fuera bueno porque podía ser que en el lugar tuvieran que estar los compañeros, entonces podía ser que hubieran caído. ¡Ustedes no saben lo que es vivir sin celu! Lo que son las pinzas. Todo *presencial o por un público.* Pero me estoy yendo. Lo que vi fue una sombra rara en el piso, como una plasta de vaca. Pero yo ni siquiera lo pensé, como cuando mirás sin ver, pero sin darte cuenta, sabés que hay algo raro. Ahí era puro empedrado, qué iba a haber una vaca ahí. Eran pelos humanos enredados y como pegoteados con mierda —me di cuenta por el olor—, y un envase de Manaos

cortado en la mitad, con meo, qué asco, y un papelito que no debía leer porque ahí sí me podía funcionar el “trabajo”. Pero yo sabía que podía tocarlo con un palo, más bien una rama, para eso corté una de un árbol bajito que estaba junto al farol de la vereda. Y empujé el bulto a la casa de al lado. Lo hice para que vieran, porque seguro que me estaban mirando. Entonces bien que me cagué y ya se pudrió la noche. Con todo lo que tenía adentro en materia de fierros.

S hacía reír con su relato, no de las fuerzas vivas sino de las fuerzas umbanda.

Se metió en la casa, prendió todas las luces y, sin fijarse en las armas, miró debajo de las camas del dormitorio. Era un dos ambientes barato, amueblado con piezas de distintos juegos. Se metió en la cama matrimonial y se tapó hasta las orejas. Sin anteojos no veía nada —los había dejado a un costado de la almohada—. Se los puso porque había una ventana que había quedado entreabierta y no dejaba de golpear. Se levantó para cerrarla. Sacó de la mochila una botella de jugo de naranja y como se había olvidado el sorbete, buscó en la cocina y no encontró vasos limpios. El fondo espeso de grasa. El agua de la canilla estaba turbia. Se obsesionó con una mancha en el techo, creyendo ver en ella caras burlonas. Luego se concentró en esa figura opaca que parecía tener cuernos, y comprendía pero no aceptaba, estaba hecha de sombras proyectadas por la araña y cualquier fenómeno lumínico que no sabía explicar. Encontró un mate y lo llenó con el jugo, chupaba nerviosamente, siempre con la impresión de que la estaban mirando. Sintió ganas de hacer pis y se maldijo por haber tomado tanto jugo y por la idea tonta de que estaban espiándola, aunque no sospecharían de que una mujer que tomaba jugo en un mate era una guerrillera —a veces sus miedos siquiera se alimentaban de

cierto realismo—.

Volvió a acostarse pero el crujido del ropero le hizo pensar en una rata y saltó de la cama. ¡Qué lo tiró a los compañeros que querían vivir como los pobres alquilando esas covachas!, y qué viva había sido esa que reclamó al comité central llevarse los provenzal a la villa.

El diablo en la pared la estaba volviendo loca. Dándose coraje, levantó el brazo y empujó la araña. La figura se deshizo en luces que giraban por todo el cuarto.

No aguantaba más las ganas de hacer pis, entonces pegó una mirada alrededor hasta que descubrió un jarrón con flores artificiales y lo meó sin dejar de agarrarse de la cama, se estiraba como una contorsionista. A lo lejos las armas estaban ordenadas como ramas para un asado —de a tres haciendo carpita— y terminó durmiéndose abrazada a un FAL como si fuera un osito.

BASAVILBAZO

¿Qué somos? Unos espiedos fríos en la soledad de nuestras camas. ¿Para qué lado *rota usted?* Los sobrevivientes de covid, paralizados luego de meses de coma inducido, asistidos por el respirador, guardan silencio, en posición fetal. Quién sabe si entienden la pregunta. Los *rescatados* —claro que no se los llamaba así— han aprendido a girar *sobre sus goznes* en las sesiones de kinesiología y contestan, con voces temblorosas, a la izquierda o a la derecha. Mi compañera de cuarto se jacta: "Yo *roto sola* de los dos lados, nunca tendré escaras". Y unos días después: "Yo camino con el andador de arriba abajo por toda la clínica", jactancia que atenúa la presencia, al pie de su cama, de la silla de ruedas. Solo yo permanezco en mi base —acostada—, mi cuerpo entero inmóvil como el de una momia o un muerto en una trinchera. Me hacen la inevitable pregunta: "¿Para qué lado rota?", y se me cae la baba, mientras balbuceo lo que creo unas palabras con la gangosidad de esa corneta hueca con que se festejan los mundiales. Me rotan, puesto que no puedo rotar sola. Lo hacen violentamente a la izquierda para ponerme los pañales o aplicarme un enema. Es la vida mínima, de un animal capturado, sin acceso al lenguaje, pero con la desgracia de comprenderlo.

Serendipia doncelar criptografía, me dicen lo que significa pero lo olvido.

—¿Es natural? —me preguntan a menudo las enfermeras mientras acarician mi cabello lacio y fino, *llovido* como le decían en mi infancia los que preferían la moda de la permanente que dejaba la cabeza cubierta de rulos apretados como la de una muñeca de cera. Luego, sin que mediara acuerdo alguno entre ellas, proceden a hacerme el mismo peinado: raya a la izquierda, frente descubierta, el cabello enroscado detrás de las orejas. Imagino que en sus casas lo practican en sus hijos pequeños antes de ir a la escuela. Para hacerlo no se necesita contar con un cuarto de baño, bastan una batea o una palangana, un trapo para completar el atuendo refregando la frente y quitando los *quesitos* que suelen formarse en los pliegues del cuello. Un *peinado estatal* de cara descubierta para delatar, por su ausencia, al somnoliento o al burlón. Opuesto a la porra donde no entra el peine, los rulos sobre los ojos, símbolo de la defección escolar, la desobediencia.

El peine mojado domina mi melena en un orden monótono y austero. Luego, el aire y los dedos me devuelven a mi habitual peinado taza con flequillo y orejas cubiertas. El viento de la terraza hace el resto.

Las enfermeras tienen colas de caballo larguísimas de cabello oscuro y brillante como aquellas —de caballo auténticas— donde, en los dramas gauchescos, se clavaban

los peines. Pero estas son postizas, y las cejas perfectas, bien delineadas, fruto del *microblanding*. Una enfermera muy joven, cuando disminuyen las medidas de seguridad, luego de los días más candentes de la pandemia, me muestra en la boca recién pintada la línea entera de su labio superior como una especie de morrito. “Me saqué el arco de Venus”.

Serendipia doncelar criptografía. En Doncelar hay un castillo o había.

De noche, los sonidos de la calle llegan en sordina por los grandes ventanales herméticos pero que son patentes para los que no pueden dormir: finales de fiesta con gritos de borrachos, risas, botellas que estallan en el aire, sirenas. Se filtran por las ranuras de ventilación. Oímos también las conversaciones en el *office* de la guardia. Sin poder entenderlas, las carcajadas. Yo espero mi *rescate* de las doce que viene con retraso. Mi compañera toca el timbre para llamar a la enfermera. No acude inmediatamente. Cuando lo hace es con una tranquilidad desafiante. Como si no estuviera en falta. "Qué pasó", pregunta. Es la pregunta obligada que nos obliga, a nuestra vez, a preguntarnos cuál sería el rango de la urgencia que mereciera el nombre de tal: ¿orina en la cama?, ¿sensación de ahogo?, ¿de fiebre? Entra la nochera cancinamente, como desafiándonos. Con la cofia, el barbijo y los anteojos solemos confundirlas. Mi compañera pide la chata y ella la trae del baño. Mi compañera maniobra bajo las sábanas. La enfermera hace tiempo ordenando los objetos de la repisa: el alcohol en gel, el suero fisiológico, los apósitos. "Falsa alarma", dice mi compañera y le alarga la chata a la enfermera, que se va sin saludar. Luego reaparece con el sedante que, poco a poco, comienza a hacerme efecto. De pronto, oigo un sonido que no es el habitual.

—¡Es el timbre del corazón! —grita alguien desde el *office*. Viene de la 205. Imagino las planchas del desfibrilador sobre el pecho del 205. Oigo gritos: "¡Uno, dos, tres!", corridas,

jadeos. “¡Un, dos, tres!”. Luego el ruido de un aparato que se arrastra y el rodar de una camilla, la puerta del ascensor que se abre. Llamo a la enfermera. “Obitó”, dice. No podemos evitar reírnos. Después de un breve silencio vuelven las conversaciones, las risas, la impertinente algarabía del *office*.

Ahora que soy solo mi lado izquierdo, me da por filosofar: ¿hasta qué punto la ética del cuidado no tiene como límite solidario la autonomía del propio cuerpo y reniega de la donación si afecta a un cuerpo vivo en sus zonas visibles? Familiares compatibles como donantes entregan con gusto un riñón o un tejido de médula ósea pero no, más allá de su ilegalidad, una mano o un ojo. *La vida por* invita a la entrega de un cuerpo inmutilado. Cuando me ocurrió el accidente cerebral estaba escribiendo un ensayo sobre lo obra de Lina Meruane. Decía que la chilena era una maestra en analizar las políticas de la enfermedad, su potencia radical. La enfermedad como máquina narrativa podría dar testimonio sobre las violencias del capitalismo —asfixia y egoísmo estructural del núcleo de familia, abusos de la ciencia y el poder médico, generación de exilios y lenguas de segunda, desaparición bélica de territorios—. Bla, bla, bla. Comentaba también el valor profético de la literatura en su novela *Sangre en el ojo*, un texto brillante, adjetivo que se vuelve irrespetuoso puesto que se trata de una experiencia de oscuridad, de ceguera que se ignora si es o no definitiva. Narrado desde una ficción de autoscopia, decía, se vuelve alucinación. Y el final parece virar la novela a teatro de la crueldad ya que sugiere que el amor cuesta o podría costar literalmente *un ojo de la cara*. Es decir, la pérdida de la armonía dual del cuerpo. Su simetría.

La forma humana es míticamente una mitad horizontal que

se mira en un espejo de agua. Me inspiraba yo sin rigor y sin censura, tal era mi inocencia, cuando una mano dejó de responderme, la pierna de obedecer al mandato dirigido a Lázaro, ya no tenía, sentía, un lado del cuerpo.

Me gusta la osadía de Josefina Ludmer cuando leía en las ficciones literarias profecías de las ficciones reales, que la puta Hipólita y el Astrólogo creados por Roberto Arlt en *Los siete locos* reaparecieran como Eva Perón y el brujo José López Rega en las ficciones reales. Me gustaba menos que anunciara su osadía antes de incurrir en la osadía misma —expresión oronda de autosatisfacción, imagino como en las fotos, ese aire de sor Juana luciendo su retórica ante los doctores de la Iglesia—, da ternura tamaña inocencia. Porque *Sangre en el ojo* abre hoy a una lectura que la separa de ser una ficción pura. Diamela Eltit advirtió sobre la inquietante resonancia en la lengua de la expresión "ojo por ojo" tras el hecho de que fueran los ojos los órganos que mutilaban los represores durante el llamado "despertar de Chile". El terrorismo de Estado esta vez deseaba firmar sus acciones, con un logo legible, un tatuaje codificado, la marca sangrienta de una yerra nacional. El ojo vaciado sería un rasgo de estilo. Pero olvidaba que su hueco cerrado daba testimonio de que *se había estado allí*, cuerpo con cuerpo en el corazón de la insurgencia. Tantos ojos vaciados y visibles cuentan la cifra del levantamiento popular, la plantan en medio de las calles de la Santiago nunca más Bella Durmiente.

La expresión "ojo por ojo" señala al ojo como el arma del testigo, algo indiscernible del pensar y aquello que no se puedo cerrar, es decir, *hacer la vista gorda* ante la desigualdad y la injusticia. Tener la *sangre en el ojo* no necesariamente implica el individualismo en la voluntad de venganza sino *un*

resto que desborda y que se mantiene alerta hasta que la pacificación no implique el sometimiento.

Los camilleros que me arrean para sentarme en la silla de ruedas, en el decidido envión para pasarme a la cama, suelen dejarme los ojos a la altura del *handy* que llevan en el bolsillo del uniforme, corro peligro de quedar tuerta, eso sería en la imagen la auténtica merma mientras que mi pierna y mi brazo dañados —en cierto modo, órganos *pour la galerie*— no me privan del principio de simetría, un golpe de fortuna puesto que nadie parece dispuesto a donar aquello que tiene en número de dos.

Cuando nos cambian las sábanas sin sacarnos del lecho —una ligera rotación desliza una abajo de nuestro cuerpo postrado —, hacen flotar la otra tapándonos brevemente la cabeza hasta que un rápido doblez en la parte superior nos expone de nuevo a la luz del cuarto. Es un movimiento inquietante puesto que nos evoca el último en que nos taparían la cabeza definitivamente y ya no podríamos emerger, luego de un instante de sentirnos ciegos y ahogados con todos nuestros sentidos, a la superficie. Por eso muchas de nosotras cruzamos los dedos antes de disfrutar el dormir en sábanas limpias.

Mi mano derecha inmóvil puede sentir dolor, pero no obedecer a mi voluntad. Me recordó a otra mano que fingía no saber lo que hacía. La llamaban “la mano muerta”.

Un hombre avanzaba en la multitud y su mirada vagabundeaba entre cuerpos indiferenciados, con apuro, con dirección. Había muchos, muchísimos cuerpos. Una imagen aplastaba a la otra. Un broche de corbata en lugar de unos labios pintados. Un paraguas en lugar de un pecho de mujer. Había la imposibilidad de selección, la muerte del número dos, la ruleta que prohíbe las apuestas. Entonces el hombre, al igual que el pez depredador mareado por el cardumen comestible, se concentraba en un punto, aflojaba la mano, la dejaba caer sin dirección, un poco borracha, meneándose al compás de la marcha.

En la distancia que lo separaba de una mujer deseada, la mano ensayaba el método hasta la perfección; era como uno de esos insectos, idénticos a una hoja seca, que se posan inmóviles *sobre una hoja seca* y acompañan sus movimientos en la brisa. La mujer pasaba. La mano golpeaba blandamente la cadera de la mujer. Y ya estaba.

La mano volvía a su viveza anterior. Su sangre corría y, a lo mejor, sus dedos iban a meterse en algún bolsillo. Había estado lo suficientemente muerta como para no ser juzgada, lo suficientemente viva como para sentir en toda su piel la cadera femenina. Escribí esto en los años noventa con la mano derecha sana. Hoy soñé que se la entregaba inerte a un

cantante pop ya entrado en años, floja pero no por no poder moverla —en los sueños no recurrentes vivo en el pasado— sino por coquetería, retaceándola, *muerta* entre esas manos afectuosas pero lascivas.

Vivo en mi cuerpo físico. No en sus placeres: el súbito frescor de la sábana, el roce del pañal limpio, la lluvia de la ducha caliente, los gases expulsados sin esfuerzo, la orina tibia entre las piernas. Sí, en sus dolores: picazones, espasmos, cólicos. En la procacidad de mis relatos de enemas.

Serendipia doncelar criptografía: pronto abandoné esa alucinación auditiva.

¿O era un vacilante homenaje de despedida de la literatura? Poco después me vino una nueva melodía: *dos sherpas*, lo que me provocaba un ataque de risa espasmódica. Luego *two sherpas*; yo, que no sabía inglés. Mi compañera me chistaba. ¿De qué me reía? Ahogada, no podía decirle. Cuando comencé a asistir a presentaciones de libros, luego de mi salida del Basavilbazo, encontré al autor de *Dos sherpas*, que se presentó, pero yo no podía hablar, sobre todo para enterarlo del lugar que había tomado su libro en mi ACV. Todas estas maquinaciones fueron previas a mi intención de morir ejecutada por miembros de las organizaciones armadas de los años setenta.

Con esfuerzo puedo erguirme y mantenerme sentada. El cabezal de la cama ortopédica que la enfermera lleva siempre a un ángulo de noventa grados —oprime un botón que hay al costado de la cama— me da un tiempo muy breve de comodidad en altura, cuando puedo medirme con el "ejército de los erguidos". El cara a cara se vuelve más fácil con mi compañera. *Estar arriba* es como un reinado y nos invita a pedir un peine, un delineador de ojos y el espejo, colorete —mi compañera quiere disimular ante sus hijos su condición anémica—. Pronto me he deslizado hacia abajo, con la mandíbula tapada por las sábanas en un inexorable principio de inercia. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? Media hora si permanecemos muy quietas, en eso yo cuento con una triste ventaja, pero al final mi compañera y yo estamos iguales y terminamos quejándonos siempre de lo mismo: nos venimos, poco a poco, literalmente abajo. Las enfermeras nos animan a que nos arreglemos solas en nombre de una autonomía de la que carecemos, pero en realidad siguen una rutina tan necesaria como la de los pañales —seis pacientes capaces de controlar sus esfínteres en un mismo piso, exigiendo la chata o siendo acompañadas al baño aumentarían el trabajo y alentarían las tediosas "falsas alarmas"—. Libradas a nuestros propios medios, podemos obtener un resultado parcial que lo único que despierta es nuestra desilusión: nos arreglamos tocando el botón que levanta la parte baja de la cama pero que no produce el mismo efecto que cuando lo hacen las

enfermeras: nos quedamos patas para arriba pero sin deslizarnos erguidas a la cabecera. La cama ortopédica solo nos sirve cuando nos rendimos y la ponemos horizontal para dormitar un rato siguiendo los dictados de las autoridades de echar una siesta no mayor de una hora entre las sesiones de kinesiología de la mañana y las de la tarde. Un poco debe tratarse de una ilusión. *Estar arriba*, pudiendo ver todo desde lo alto aunque no hubiera nada para ver, sentir la sábana lisa y no con esos pliegues que deja una mala noche y se clavan en la cintura a la hora donde este tipo de reclamos no merecen ninguna ayuda —“tendría que haberse quejado a la del turno anterior”—. Además, ni la picazón ni la incomodidad merecen atención sino burlas. Hay que estar cagada hasta el cuello, largando los bofes en un vómito de sangre, parado el corazón, entonces suena la alarma y todo es precipitación y el argumento para una visita justificada, fuera del ida y vuelta rasante de los médicos de la mañana. Estar alta, recién sentada en la sábana estirada, pertenece a la felicidad más inmediata, hasta el inexorable principio de inercia que nos va deslizando hacia abajo como esas mamás gansas con sus crías, que se deslizan por un plano inclinado, un juguete de plástico barato y colorido.

Cuando estaba “arriba”, instalada en mi soberanía provisoria, y escribía en mi laptop con el dedo índice de la mano izquierda, corregía insistente los errores —no había conexión entre la letra que mi atención había planeado con esfuerzo y la que se veía en la pantalla—. La función que subrayaba de rojo la palabra mal escrita se me hizo inmediatamente amigable. Hasta que no veía mi página en riguroso blanco y negro, no pasaba a la siguiente y mis artículos terminaron más prolijos que los de antes. Pero me desesperaba que ese error constante detuviera mis asociaciones. Acortaba mis párrafos, negociando una síntesis a la que nunca habría acudido. Entonces me jacté de haberme vuelto más inteligible. Mentía. Extrañaba mis largas enumeraciones caóticas que solía tabicar entre rayas y estirar por cinco o seis renglones. Creía que esa era mi verdadera pérdida. Me releí como si estuviera sometiéndome a una tortura: lo que sucedió fue sorprendente. La diestra —que había sido una derecha de diez dedos— era ripiosa, arrítmica, agobiante, no barroca. Los defectos de escribir reaparecen escribiendo. Durante un tiempo cedía en poner la palabra que primero me venía a la cabeza —la pertinente, cualidad que desprecio—, ahora solo tengo que esperar hasta que mi cerebro infartado se conecte y, entre la bruma, aparezca la metáfora que apruebo. No es una mejora, todo lo contrario. Algunos amigos creen alentarme: “Escribís como antes”. Sí, pero no es una buena noticia; una amiga, diagnosticada con cáncer, se asombraba

de que a los pocos días se impusieran sobre el terrible diagnóstico sus miedos de siempre, sus rumias de obsesiva, los síntomas repetidos de su vieja neurosis. Corregirme, como antes, es hachar, será por eso que escribo en bloques, ninguno imprescindible, candidato a desaparecer en el limbo virtual pintado de amarillo.

Todavía en la clínica, escribía o dictaba frases mensurables a través del celular. Entonces venía una enfermera y silenciosamente me ponía la heparina, apenas corrida la cintura del pantalón, y luego de echar una rápida mirada al vientre ya amoratado por las aplicaciones anteriores. Quién sabe qué pensaba que era escribir, sacar cuentas, hacer trabajos de oficina, mandar mensajes a la familia, pagar facturas, nada que justificara la proscripción de las rutinas de la salud que solo dejaban de ser imperiosas cuando éramos nosotros quienes las reclamábamos.

Me instalan en una habitación estrecha que no parece apropiada para servir de dormitorio —carece de ventanas y en un anexo se guardan sillas de ruedas, chatas y ganchos colgantes para el suero—. Hay una cama ocupada por una mujer. Tiene mi edad y mi nombre, me aclara el enfermero. Su presentación no tiene éxito, la mujer parece fastidiada, sobre todo al escuchar los sonidos que emito. Se da vuelta contra la pared. Luego comprobaré que se ausenta mañana y tarde: concurre a rehabilitación en los dos turnos.

Estoy más delgada pero no me veo. Los cuartos carecen de espejos. Nos miramos de cuerpo entero en los espejos del gimnasio, allí no están para nuestra coquetería sino para que corrijamos las posturas. Solo muchos meses después, me reconozco en fotografías y me encuentro bonita como si toda imagen anterior de mí se hubiera borrado y descubriera a una mujer con los cabellos teñidos hasta la mitad, con el cutis lozano, y lo que parece un *piercing* sobre la comisura derecha de la boca es una sonda. El secreto de mi belleza se debe a que me alimentan artificialmente y hago sentadillas hasta cumplir con las órdenes de los kinesiólogos. Recuerdo que no progresaba en los ejercicios. Hasta que logré mover el pie derecho, desplegarlo de a poco, pasaron muchos días. Era el único ACV entre muchos covid. Vi cómo un viejo que no parecía entender lo que le decían, enfocaba los ojos y repetía su nombre y el barrio de donde provenía, era alzado mientras llorisqueaba un poco, hasta recuperar su altura, y poco después, dar sus primeros pasos en la barra. Cuando yo pude hacerlo, esperaba el aplauso sin darme cuenta de que iba colgando de las barras. Mi pronóstico era que nunca volvería a caminar. Pero quién sabe, todos los días había milagros. Nunca decían que no, salvo la vieja psiquiatra que me hizo colocar una prótesis alta hasta la rodilla y que pesaba como un yeso y otra que me inmovilizaba el brazo y me separaba los dedos de la mano, dejándolos apoyados sobre una almohadilla, más el cabestrillo que evitaba el disloque del

manguito rotador.

Pero no podía caminar. La rehabilitación es para que pueda ser más autónoma, moverme por la casa apoyada en un trípode, abrir la heladera, cocinar algo simple con ayuda, siempre con ayuda. No salir a la calle, cuidado con los escalones. Ahí voy a pedir ayuda. Para esas simplezas necesito entrenamiento tres horas por día. Treinta o cuarenta sentadillas, media hora de bicicleta fija, levantar las nalgas de la colchoneta, veinte veces o treinta. La kinesióloga me miente diciéndome "una más", pero nunca es *una más*. Al principio no me sostengo sentada, y las kinesiólogas me oprimen los costados hasta que encuentro el equilibrio. El progreso, visible en cada sesión, los mantiene tranquilos. Aumentar el número de estiramientos del pie que antes no se movía y ahora puede dar modestas patadas. El brazo derecho permanece inmóvil, la mano ahuecada, los ejercicios no funcionan. Camino como un mono, aferrada a las barras cuando debería usarlas de mero acompañamiento. Es a lo máximo que puedo llegar. Mi cerebro está dañado. Nunca me lanzaré por las escaleras. Recibo una lección: el viejo abogado de ochenta y cinco años camina solo mediante un bastón, cuando había llegado dormido y en posición fetal. Todos lo aplauden. Pero es seguro que le pongan por primera vez un acompañante en casa y termine sentado todo el día en su silla de ruedas. Está lúcido para seguir con sus casos, no para ir a Tribunales. Tendrá ayudantes, si ya no los tenía. Los kinesiólogos trinan. Él los hace soñar: lo imaginan dando vueltas por la plaza con su bastón, afeitándose solo, andando por la casa en pantuflas. Nunca preguntan por su trabajo, esa no es su área. Él busca sillas eléctricas en el diario. Por teléfono le grita a su hijo, que no quiere llevarle sus papeles porque dice no encontrarlos. Cuando despertó contestó a las

preguntas de los kinesiólogos —en realidad formaban parte de un test—. Nombre, edad, fecha del día, presidente de la república en la actualidad. Agrega la fecha y el año en que se recibió de abogado. Estudia sus zapatillas de *jogging* y sus medias deportivas, les busca las ligas y putea. El nombre “César” lo hace reír a carcajadas, mirando al kinesiólogo con pinta de gorila que lo lleva. Intuyo que piensa en el emperador. El kinesiólogo César no me perdona, me patea en las piernas para corregirme la posición, me arranca las manos de las barras, me mete la derecha en el bolsillo del pantalón.

El resto del día estoy acostada, pensando en nada o viendo televisión.

Los protagonistas de la película *¡Viven!* han confesado que habían devorado a sus compañeros, pero no que habían hurgado en sus culos. Temían generar fantasías homosexuales en los lectores. Eran jóvenes católicos aunque no necesariamente practicantes, por razones nunca revisadas ya que nunca una dinastía de alta burguesía debe rendir cuentas por lo que recibe a lo largo de generaciones, de privilegios como tartamudear y usar sacos de lino en verano —mi data es perimida, quizás rencorosa, el conventillo se pega al ADN—. ¿Se reirían cuando *se hacían eso*? ¿Lo sublimaban con chistes homofóbicos? Los rituales que decían haber hecho y que sacaron a relucir como coartada hacía dudar a la Iglesia. ¿Qué pecado es comerse un muerto y descuartizado? No fue canibalismo, fue supervivencia. Dios desde el paisaje otorgaba el perdón rodeándolos del emblema de la pureza. Blanco de nieve —si se experimenta, no se parece a su metáfora—, no está tan limpia, incluso puede ser asquerosa. Cuando un periodista amarillo les preguntó qué gusto tenía la carne humana, contestaron que a nada, estaba congelada. ¿Y si la habían asado y sazonado?

Allí muertos de frío. ¿No sería *más que humano*? ¿Como las lentejas que el señor Van Daan robó en el anexo donde se escondía Ana Frank?

No mastico, rumeo. Clavo con esfuerzo los dientes, siempre del lado izquierdo, el lado “bueno” y voy fabricando mi papilla, pero mi lengua no es suficientemente fuerte para “eliminar los desechos” hacia la garganta. Los voy acumulando detrás de las encías inferiores, una masa húmeda y escurridiza. Debería levantarla con la lengua y arrastrarla hacia atrás pero no puedo hacerlo. Entonces me meto el índice, la empujo hasta hacer una bolita y la trago. Mi babero ya guarda los restos que no he logrado llevar a la boca. Luego viene el ritual de los escarbadientes farmacéuticos, curvos y finos en la puntas, sutilmente anilladas para atrapar hasta la última migaja o mejor, despué de este proceso que he realizado con la cara levemente inclinada hacia la izquierda y el cuello estirado, que son mis medidas de seguridad, suelo advertir que tengo un gran pedazo de comida en la comisura derecha. Realmente no es agradable verme comer. Es que mi izquierda no es *nacida y criada* para ser una derecha. He visto a mancos de nacimiento manejar sus prótesis con una elegancia subrayada, sobrenatural y reivindicativa, muñones como pinzas de cirujanos o que se mueven en el agua como delfines. Sostengo las ensaladas entre las piernas. Abro las botellas con los dientes y me rasco contra las manijas de las puertas. Nada ofende más que utilizar otras partes del cuerpo que las establecidas. Uso las servilletas para lo que verdaderamente sirven: para ser manchadas.

¿Es eso lo que hacen las cabras? ¿Lo necesitan? Una vez vi a una cercada por un alambrado. Mascaba lenta y regularmente. No había pasto a su alrededor. Eso me llamó la atención. Incluso parecía tener la boca vacía. Repetía el movimiento por placer. Debía hacer rato que habría desalojado la plasta de hierba hacia la garganta. En algún momento emitió una especie de bostezo o estornudo y mostró su lengua y sus dientes, un chorro de baba. La lengua era de un rosa suave y muy limpio, los dientes amarillentos, sin traza de verde. Bebió grandes tragos de agua de una lata y se acostó sobre las rodillas. Tenía olor a mierda no humana como la de Robert Antelme al volver de Dachau pero en ella era normal —compost, verduras pasadas y también sudor. Un sudor fuerte, no como el de mi gata que en invierno y junto a la estufa, casi hirviendo bajo mi mano, daba olor a pelo y a sopa—. La cabra cerró los ojos y sus pestañas blancas y arqueadas me inspiraron ternura. Y eso que no me atreví a tocarla. Después la oí roncar. Y entonces volvió a la rumia anterior. Quedé asombrada. No era su naturaleza sino su placer. ¿Soñaba con pasto fresco y recién regado? No. Rumiaba porque sí.

Mis intestinos no actúan. Carezco de movimientos peristálticos, de gases expelidos con soltura. No sé cómo decirlo de otra manera. Recuerdo la admiración que me causaba Piglia para plantar en el medio de un texto la palabra “chirucita” o “puta” sin que se levantara de su prosa una especie de sobresalto, como el chillido de una tiza en el pizarrón. Sería porque jamás usaba una metáfora literaria directa, iba juntando las palabras mínimas coloquiales, sin disimular que imitaba en los diálogos el laconismo musical de las buenas traducciones de Hemingway, y entonces el “chirucita” no se levantaba de la página. Pero las tramas, que nunca me gustaron, siempre eran visibles, con opciones cercanas a la pequeña aventura, a pesar de su tufo al universal masculino, a su valor discreto de una cierta virilidad angustiada a la manera de un Sartre nacional: Renzi era más valiente que Piglia, una manera de sentirse un Walsh sin tener que vivirlo, o mejor, de *revivir a un Walsh* que sobreviviera al elegir la literatura, que lo atormentaba, en vez de la militancia que no admitía duda porque seguro que en ella siempre solía haber jefes. Yo no puedo escribir “no cago hace quince días” y no encuentro otra manera de decirlo. Debo agradecer, de todos modos, la expresión “tacto rectal” que la doctora llamada Lady emprendía con ánimo impasible luego de calzarse los guantes de goma frotados con glicerina con un gesto de leve remolino como el que, seguramente, hacía al colocarse todas las noches crema nutritiva. Lo cierto

es que Lady era comedida cuando yo estaba constipada hasta la exasperación, mis esfínteres inflamados, los pliegues del ano tan unidos como los que exigían los médicos positivistas para asegurar la heterosexualidad de los hombres. Lady se abría suavemente el paso y depositaba esa especie de rocas sobre una servilleta de papel situada a un costado de la cama. Vuelvo a los sobrevivientes de la llamada *tragedia de los Andes*, que despedían iguales productos debido al alimento de carne humana congelada, pero en el artículo periodístico en que lo leí no decía si eran capaces de aliviarse unos a otros. El *tacto rectal* es un delicado eufemismo. No se trata de un tacto que evoca el roce con una superficie sino de la violación consentida e inimputable en nombre de una salud que requiera ayuda tecnológica y a la que agradecerle un bautismo ingenioso, ¿de quién?, ¿quién podría jactarse de ese mérito? Andrés, el enfermero nocturno y de un humor afable y amanerado, se rehusaba a lo que Lady se abocaba sin vueltas. Tal vez no quería mezclar con imágenes desagradables una zona asociada al placer y me aumentaba la dosis de sedante, para evitar la maniobra que impregnara de disgusto a la guardia. "Rectal" era un apelativo que hacía juego con los vericuetos del intestino delgado que, en mi caso, era extremadamente largo y que comparé con mis enumeraciones caóticas de cinco renglones, encerradas entre rayas —escribo esto para abordar de nuevo las zonas menos escatológicas de la escritura—.

Poética del síntoma:

“Se solicita un bastón cuádruple con regatón de goma regulable en altura, siete mudas de ropas rotuladas”.

“Epicrisis: cursa internación por constipación, bolo desmoronado, con catarsis positiva”.

“Desviación de la comisura labial derecha, paresia de un quinto en el miembro superior derecho y dos quintos en el miembro inferior derecho, hipoestesia lateral y trastorno trombosis cerebral con deglutorio con infarto cerebral sonda k 108 sonda k 30. Evoluciona con delirium hiperactivo con clona”.

“Opacidades en vidrio de lustrado, hígado en forma y tamaño conservado. No hay dilatación de la vía biliar intra extra hepática. Bazo, páncreas y glándula adrenal izquierda de características tomográficas normales. Intenso meteorismo”.

“Hacía pues su mierda. Era una mierda viscosa de color verde oscuro que burbujeaba. Como nadie la había visto nunca. A veces, cuando ya la había hecho y lo volvía a acostar, aniquilado, con los ojos cerrados, por el agotamiento que sigue a la deyección de una mierda tal, yo apoyaba la frente contra las persianas cerradas de su habitación (cuando le esperaba, aplastaba mi frente contra el borde de los fogones para intentar no pensar en nada) y trataba de frenar la desesperación que me invadía al ver aquella mierda increíble salirse del cuerpo. Durante diecisiete días, el aspecto de aquella mierda siguió siendo el mismo. Aquella mierda y la manera que tenía de hacerla eran inhumanas. Lo separaban de nosotros más que la fiebre, la flacura, los dedos sin uñas, la huellas de golpes”.

El lector no está predispuesto a reírse desde el título: *El dolor*. Ya ha compartido hasta la desesperación la espera de Rober Antelme. Si lo hiciera, aunque esté completamente solo, se sonrojaría sin darse cuenta. Si hubiera descripto los suplicios, nombrado a los verdugos, exigido los castigos, se hubiera sumado a los testimonios que, a lo sumo, relatan el uso común de los pozos o baldes para sus deyecciones. Pero ella, Marguerite Duras, elige la mierda, repite la palabra varias veces hasta transformarla en una resonancia poética. Quiero saber cómo lo hace, qué palabras elige, cuáles desecha. Me doy cuenta. “Burbujear”, elige. ¿Cómo el champagne? Que la mierda es verde como la naturaleza que

huele como ella. Esa acusación no se la esperaban los nazis. Sí la de tratar a sus enemigos como a unos animales. Arrancándoles las uñas, golpeándolos, hiriéndolos. Pero no de que su mierda fuera esa, inhumana. Eso se menciona al final. Un sobreviviente no es humano hasta mucho después de su liberación. Y muy lentamente. ¿Fue ante sus propios excrementos que Primo Levi se preguntó *si esto es un hombre*? "Burbujear": esa es la palabra que hace posible la mierda poética en su lujo como el champagne, los peces de coral, las pompas de jabón, todo lo que hierve para alimentar. Ahora que lo pienso, no podría ser otra la palabra. Antagónica y precisa. Porque en *El dolor*, Duras no es Duras, con ese neorrealismo de guerra, esa angustia con todas las palabras, con esos detalles demorados en la descripción. Es necesario contar solo con los muertos naturales, con los paisajes de Indochina para escribir con esa exageración lacónica, que los nombres sean repetidos hasta la hipnosis, para traficar exotismo, ese que fortalece la idea de nación. Escribir después de los años de vanguardia, modesta en lectores, la historia de una niña, casi una esclava, vestida para ser vendida y que se jacta en un *best seller* de ser llamada, muchos años después, por el mismo hombre, a ella, su inolvidable. Entonces sí, los ojos azules, el pelo negro, las pasiones de gente que no hace nada salvo amar. Me distraigo. La parálisis despierta el rencor o hace que la sinceridad sea más irresponsable.

Pero ¿y Cristo? Sangre, sudor y lágrimas, sí pero ¿y su mierda? El camino del Gólgota fue larguísimo. El pañal debió estar lleno, apestar. Ahí se callaron hasta los enemigos. Las Madres usan pañales limpios mientras sus hijos se cagan encima durante las torturas. Ellas evocan el tiempo mítico en que sus cuerpos eran inmortales y su mierda les pertenecía, por eso los pañales en esa espera imaginaria donde las Madres son infranqueables.

La mierda. Paul Preciado puede hablar de los goces del culo sin nombrarla. Porque ¿qué otra cosa es su contenido previo al dedo del amor?

La historia de la mierda es siempre la de su expulsión. No estaban juntos pero sus síntomas comunes se imponían. Diferentes de los sobrevivientes al covid-19, de los crónicos a quienes la obra social mantenía alejados del alivio de las familias, de los que esperaban un fallo judicial, de las víctimas de accidentes cuyos efectos exigían aprender desde cero la marcha o el habla, de los geriátricos violentos, con movilidad reducida, y de los que pegaban o mordían, de los "vegetales" que necesitaban de constantes servicios eléctricos para mantenerse con vida, estaban los "cerebritos". No eran como John Bell, que llevaba a todas partes la viga de hierro que lo había golpeado mientras se volvía jocoso, insultante y lujurioso, lejos de su trabajo manual monocorde y obsesivo de casado responsable, más bien tímido, y alertó las mutaciones de carácter provocadas por los golpes en el lóbulo frontal. Las

vigas de hierro, el asfalto, las masas y las culatas habían quedado entre las pruebas de la fiscalía o en las habladurías de enfermeros. B se había dado en la base del cráneo haciéndolo añicos, pero nada se había hundido en la cabezota calva y la bóveda craneal no había soltado ninguna de sus riquezas, manteniendo la histórica tontería de dueño que no ofreció cambios en sus comentarios henchidos de sentido común de derechas para un póster. C era dulce y alentador, ponía música y abría los parlantes de su *walkman* para incitar a bailar, aunque pocos podían hacerlo. Solía lanzar miradas románticas a las escasas jóvenes ingresadas, hacer ojitos con sus aterciopelados ojos azules y mostrar las escaras que se multiplicaban en su cuerpo raquítico. Lóbulo frontal, explicaban los kinesiólogos. Carajo, el cerebro existía, yo me desayunaba. Podía dañarse o no, la bóveda astillarse mientras quedaba intacto el cuero cabelludo, el cerebro inflamarse como una morcilla y reponer sus funciones después de que su dueño impresionara a los parientes con locuras excitadas o el cese total del habla. Y ahí estaba P, a quien literalmente le faltaba la tapa de los sesos. Pirogrababa. Era su oficio. Lo traían todos los días al gimnasio con su casco de motociclista y sus botas vaqueras de cuero con figuras que representaban escenas de rodeo. Era el único calzado que había aportado su familia antes de alejarse de ese morrudo con mal pronóstico que había estrellado su moto contra un garaje de la policía. Los kinesiólogos repetían sus rutinas aun ante los vegetales, a los que a menudo, ya fuera por no saber qué hacer con ellos o porque los médicos lo exigían y aunque se trataba de un procedimiento burocrático por la obra social, pedían los cascos reglamentarios. No sé qué protegía el cerebro de P pero siempre estaba amagando con sacarse el suyo. Tenía como yo la mano derecha paralizada y con los deditos de la

izquierda escarbaba dentro del casco o lo deslizaba hacia la nuca. La kinesióloga Beatrix decía mecánicamente: “No te saques el casco, no te saques el casco”, pero nada en la cara de P demostraba que se estaba rebelando, o siquiera entendía lo que se le estaba diciendo. P tenía grandes ojeras negras como un koala y eso formaba parte de su patología, como expulsar líquido raquídeo por la nariz o por una oreja. Entonces solían entrar los camilleros. Antes le quitaban las botas y bajaban el respaldo de su silla, momento en que P aprovechaba para sacarse el casco aunque nadie lograra ver su cuero cabelludo ni su materia gris. Cuando lo operaron, le creció una cabellera negra y espesa donde siguió buscando el casco. Debe haber sido ocasión de festejo porque las botas fueron reemplazadas por zapatillas, pero debería también hurgar en ellas —¿con qué brazo?— porque siempre tenía los cordones desatados. No se las ataban, de lo contrario irrumpía en gritos desaforados. Mi teoría era que en su mente buscaba siempre la sensación conocida de las botas que había sabido fabricar y se aferraba a ella.

Su perfecta inmovilidad nos fascinaba tanto como la negación de su madre en reconocerla. Parecía no sufrir, igual que si estuviera muerta. Si hacíamos silencio, podíamos oír su respiración suave y acompasada, movida por uno de los dispositivos complejos que la mantenían con vida. La madre preguntaba: "¿Estuvo en el gimnasio? ¿Y cómo fue?". Preguntas suficientemente ambiguas que, al responderlas, ninguna verdad pudiera alcanzar su conciencia. Ella la había visto sonreír, mover los ojos, gritar durante una conversación espinosa. Por eso se había atrevido a deslizar una bebida dulce en la vía de alimentación que había hecho fallar todo el mecanismo, provocando convulsiones. "¿Ven cómo se enoja? Le gustan las gaseosas. Si lo sabré yo".

Durante un tiempo, al principio, me dediqué a vigilarla. El blanco del ojo era siempre del mismo tamaño. Yo ni pestañeaba para averiguarlo. Tomaba su mano y esperaba una respuesta pero mis sensaciones no eran prueba de nada, siempre creía sentir lo que esperaba: un leve cosquilleo en la palma de la mano, un ligero temblor cuando la pellizcaba, una especie de graznido saliendo de la traqueotomía; los kinesiólogos me miraban con pena. La vestían como a una joven audaz: una gorra con visera ligeramente ladeada, un cigarrillo sin encender entre los labios pintados, unos pantalones coloridos, una campera de cuero con tachas. Siempre iba demasiado abrigada con mantos de Manila o mantones que parecían importados y propios del consumo

turístico. A veces la veíamos ponerse roja y transpirar. Las mejillas se le sonrojaban, sudaba en silencio sin cambiar de postura —la madre le cruzaba las piernas— para mostrar lo zapatos siempre con las suelas intactas de quien no camina. Los kinesiólogos la dejaban a un lado o le hacían masajes en las manos sin esperar respuesta. Un poco culpables ante esa madre que preguntaba vagamente: “¿Hoy estuvo bien?”. Éramos cómplices de esa mentira. No nos atrevíamos a interrumpir esa esperanza ciega, a repetir el diagnóstico que la doctora B nunca nos ahorraba. Se decía que se había intoxicado en un vivero y todos nos callábamos la palabra “vegetal”. El hermano le hablaba al oído pero no con la negación de la madre sino con ese *por las dudas* que se generaba a través de las noticias de los que habían despertado de comas de más de diez años y contaban que habían escuchado todo, incluso la discusión sobre la posibilidad de desconectarlos. Yo me había acostumbrado a ver cada mañana entreabrirse la puerta del cuarto de al lado y escuchar. “¿Sabés cuando los camilleros vienen a buscarlas? Ya debe ser tarde”. Y la luz azul del ascensor me mostraba el rostro pálido e inmóvil. Por alguna razón, los camilleros, siempre risueños, no hablaban ni bromeaban, como si viajaran junto a una deidad.

Es como si el brazo derecho no me perteneciera y esa sensación fuera más imperiosa cuando empiezan los espasmos. Cuando yace inmóvil a mi costado, apoyado en una pedana, puedo sentir un roce furtivo, un pisotón o una patada —mis amigas han experimentado con estas agresiones y yo misma quería saber si su sensibilidad era equivalente a la de mi pierna izquierda—. Y era, pero no obedecía. Si bostezaba o intentaba acomodarme en mis almohadas, la mano correspondiente se elevaba de pronto rígida como una muñeca mecánica o dolía como si acabaran de quemarla y al girar la cabeza, la divisaba quieta en su plataforma, los dedos apiñados de siempre y las manchas rojas de los capilares rotos que hacían pensar a la médica que me había lastimado. Sí, me había lastimado, pero por dentro, no sabía cómo. Me aplicaban una crema que las aclaraba sin hacerlas desaparecer hasta que empezaron a salirme en el brazo izquierdo y abandonaron los dos brazos a su suerte. Hice rescatar del fondo de un cajón unos brazales de nylon estampados con lianas y flores, hojas y pájaros que simulaban un tatuaje selvático y me cubrí los brazos hasta el borde de la camisa: transparentadas, las manchas rojas se veían como parte del paisaje falso. Era tatuada, no baldada. Una amiga se tatuó una rama de ciruelo de un lado a otro sobre el pecho luego de una mastectomía radical. Debemos tanto al feminismo *trash* y al punk que cuando las lesbianas comenzaron a mostrarse rapadas y a usar peladas y

pantalones flojos como bombachas de campo, todos dejaron de clavar la vista en las sometidas a quimioterapia.

Decía que mi brazo derecho tenía espasmos por largos períodos que, si eran de noche, tenía que soportar sin ánimo de despertar a nadie. Un títere loco lo sacudía sin ritmo, convulsivamente. Mejor como esos muñecos que saltan de una caja con una sonrisa maligna y vestidos de clown. Trataba de pararlo sacudiendo el músculo rítmicamente o estirando la pierna para ver si operaba un cambio. Terminaba durmiéndome sin siquiera saber si su actividad había cesado.

Ninguno de los pacientes del Basavilbazo tenía relaciones sexuales o tal vez yo las ignoraba por estar en la misma habitación con alguien de mi edad que era sistemáticamente rechazada en sus intentos de averiguar chismes por ser considerada poco atractiva: era precipitada y no sabía hacer pausas dramáticas. La calaña bromista de los camilleros me hacía sospechar transas picarescas con las enfermeras, pero ellas eran del tipo ambicioso y exhibicionista, dadas a la confidencia de la ilusión insistente de un amor que implicara una mejora en la posición social. Las pocas que soñaban aún con el amor romántico, según mi modesta y poco rigurosa sociología, eran casadas. Yo no pescaba vínculos íntimos o estos no existían o eran limitados por los horarios extendidos y la vigilancia de las cámaras. Cuando Flor ingresó como paciente estaba en una silla de ruedas y su cabello rubio le llegaba a la cintura —cálculo que solo pude hacer por deducción—, y lo llevaba trenzado a un costado o sobre la cabeza en forma de rosca. Tenía un tumor en el cerebro y al intentar extraérselo, ya no pudo caminar. En la tomografía se veía como una mancha pequeña en forma de corazón. Ella no parecía sentirse amenazada por ningún peligro confiando en que el tumor no crecería y que el entrenamiento le permitiría volver a caminar. Comenzó a pararse agarrada de las barras y luego de un mes adquirió suficiente destreza como para largarse con un bastón en forma de trípode por las escaleras. Tenía la voluntad y la disciplina de alguien a quien le resulta

familiar el trabajo de entrenamiento físico. Los “nenones” la trataban con una delicadeza cercana al amor cortés y sus habituales tonos subidos se sublimaban en comentarios paternales. Esa mayoría de hombres viejos que habían frecuentado los bares, gritando groserías y aullando de risa mientras bebían vino y devoraban comidas de alto poder calórico que no tardarían en matarlos —los veía disminuir en número cada año— era la población más común del Basavilbazo. Flor era tratada con respeto y la presencia del tumor, a pesar de que pronto caminó normalmente y bajó y subió las escaleras sin ayuda, les parecía tan grave que les hacía olvidar sus propios y habituales malos pronósticos. Pensé que eran varones por lo general disminuidos en sus potencias y ni siquiera los gritos nocturnos en el caso de que estuvieran perdidos insinuaban una libido menguada. Flor tenía veinte años y practicaba motocross en círculos cerrados o en caminos irregulares donde sobresalía con los *wheelies* de su peso pluma y su ángulo agudísimo en las curvas y parecía no tocar el asiento, las manos en el manillar que había elegido bajo porque le gustaba sentirse una jockey.

—Yo tenía una yegua que quería mucho y se me murió. Mi moto cuando corro me hace pensar en ella por la postura.

Cuando le dieron el alta todos lloramos (salvo los perdidos). Me dejó su teléfono, pero nunca me atreví a llamar.

Era frecuente que me asaltaran pequeños recuerdos que creía no haber tenido en años, una vieja palabra o un jingle, tactos nítidos de superficies, la madera áspera de la heladera de hielo, de la Virulana, el del organito, ese verso de Bayley "es infinita toda esa riqueza abandonada".

El colmo de la vigilancia. Mis intestinos barrocos y en bucles no habían bastado aunque uno tiende a pensar siguiendo la cronología del cuerpo que el ano es el fin, puesto que no tenemos rabo. Pero no, era preciso verme por dentro en la acción de deglutir. Si me preguntaran si he sido violada diría que sí, pero sin el límite cantado de la concha a la que no se le daba la menor atención, y que la vejez hunde entre los pliegues flojos de la entrepierna, sumiéndola en una oscuridad viscosa, difícil de alcanzar. Sobre todo de reconocer, allí donde antes, al menor roce, se erguía como un resorte esa nada tan bien dispuesta, tan fácil de enervar y con la humedad justa para hundir los dedos sin pegotearlos —habría que recrear ese perfume aunque a todos asquee fuera de la cama—. Esa es una injusticia más para las mujeres, cuando se encarece el semen de cachalote, se compara nuestro olor con el del pescado podrido. Y no hay asociación equivalente en el semen, ni si quiera el viejo y apelmazado al que hasta se lo piropea como "palomitas". Lo cierto es que se me vigilaba en el acto de deglutir. Me daban una lenteja o algo tan pequeño que no podía reconocer y lo miraban bajar por el aparato digestivo si ese era su camino natural, pero yo prorrumpía en toses y escupidas hasta que me aplicaban la maniobra de Heimlich, y el informe de que los rayos X habían resultado inútiles. A eso lo llamaban videodeglución y se me aplicaba debido a mi disfagia. La lenteja o lo que fuere era color blanco fosforescente. El procedimiento mostraba cómo

tragaba alimentos sólidos, líquidos o semilíquidos.

Se intentaba probar cuán fuertes eran los músculos de mi faringe, esófago y boca. Si corría el peligro de *aspirarme* a las vías respiratorias. Y yo *sí corría* ese peligro, por eso no me permitieron comer durante meses y el verbo *aspirar* se me transformó en un fantasma tan temible que empezó a costarme tragar mi propia saliva y respirar hasta que me di cuenta de que podía tragar si tenía qué: no accedía al agua por estricta orden médica. Tuve que juntar saliva en la boca antes de tragar y solía hacerlo llorando. Lo mejor era olvidarme. Y a veces lo lograba.

A pesar de que su nombre era adecuado para despertar esperanzas (rehabilitación) no era más que el entrenamiento para una autonomía física elemental —ponerse una camisa o abrocharse los zapatos, transferirse de la silla a la cama con la ayuda de una especie de tablilla, mantenerse sentada sin apoyo, lanzar argollas a un palo de colores—, todo tan infantil y lejano de lo que tendría que hacer cuando fuera externada, me hacía derramar lágrimas. La kinesióloga no me quería. Mi movilidad no progresaba y allí no se apreciaba al que no adelantaba, al que no asegurara un éxito palpable. “Lo más difícil es la mano”, había anunciado con desgano. Me masajeaba el brazo mecánicamente y no se esforzaba por entender mis graznidos, menos cuando tenían forma de chistes. Yo solía completar rompecabezas con un joven que tenía alucinaciones, pero que se obsesionaba con el juego y aunque hubiera terminado su horario, insistía en seguir, incluso se aferraba a los bordes de la mesa, gritando la dirección de su casa que según él se ubicaba en el cuarto de al lado. También coincidía con una paciente joven que no hablaba, pero que me tiraba besitos detrás del barbijo y me hacía ojitos excitada y aullando ni bien me veía llegar en mi silla de ruedas. Si no fuera absurdo diría que reconocía *mi forma de rodar*, si no fuera faltar a la verdad decir que reconocía mis pasos. Era una admiradora expresiva que hacía sus ejercicios rápidamente y no parecía tener ningún retraso. Me obsequiaba con un lenguaje de los ojos, tan complejo

como el del abanico cuyas figuras variadas había visto en un libro. Ella parecía inteligente, rápida para los juegos de encaje y los rompecabezas. “Es que es una crónica, sigue sin entenderlos, pero se los sabe de memoria”, me explicaron. También creí entrever una sonrisa misteriosa cuando yo les comentaba a las terapistas ese amor sin palabras. Hubo días en que faltó a las sesiones y pensé que le habían cambiado el horario. Pregunté por ella. Después de todo, sus besos y morisquetas eran expresiones de amor que dudé en conseguir fácilmente más adelante y aunque fueran expresados por una mente extraviada, no dejaban de alimentar mi narcisismo. Era como un recuerdo de mi vida pasada, un último homenaje a un cuerpo yermo y tullido, para los que nunca llamé los “placeres de la carne”, hipnotizada como toda mi generación por los múltiples sentidos de la palabra *deseo* que nos había asqueado en los poemas de Nervo donde su peso era solo eufemístico del contenido sexual, ahora complicado por el psicoanálisis y toda disciplina afín, tanto que había que usar el término con cautela. Yo les comentaba a las kinesiólogas las explosiones que C me dedicaba y a las que debían estar atentas y ellas se sonreían con cierta ironía que solo comprendí más tarde, cuando todo cambió.

Me había jactado de tener un *affaire* con el objetivo de provocar celos, de sugerir la idea de que hasta *en un lugar así* tenía levante, cuando, en realidad, bien podría ser por lo contrario, porque todos en mayor o menor grado habían perdido la cabeza. En el Basavilbazo tardaban mucho en encender las luces, esperaban hasta que casi fuera de noche, y la luz eléctrica tardía desencadenaba las protestas, los timbres y los reclamos como si el atardecer a oscuras despertara somnolencia y las luces prendidas dieran la voz de aura para actividades en las que debían cumplirse los horarios y

prepararse. Es cierto que la hora de la merienda era difícil de retener, a veces faltaba el té, la manteca o las galletitas o todo al mismo tiempo, entonces nos llegaban tazas de agua caliente, sin cucharita, por deudas de la empresa con los distintos proveedores, boicot de los empleados de cocina. Nuestras quejas eran desestimadas, el virus daba tiempo a las visitas a ordenar los roperos y alcanzar los remedios que no figuraban en la farmacia del sanatorio.

Era casi de noche y cumplía mi horario de kinesiología. Entré de golpe al salón y vi a C en la oscuridad golpeando con fuerza el tablero de un rompecabezas. Me frenó la sonrisa maligna, su cabello alborotado y una especie de gemido que emitía, una mezcla de furia y de agonía. Miré a la kinesióloga y me indicó que no me acercara. Ella estiró la mano intentando alcanzarme. Y empezó a insultarme en voz baja. Me asombré de su repertorio extenso y subido de tono donde reconocí agravios del tiempo de ñaupa. Se había nutrido de "arrastrada", "atorranta", "sifilítica" y de ahí "concha e'tu madre", "hija de puta", "tortillera", "leche podrida". Y de pronto "guasca", "pus", "sida", "el bicho". Nombraba cosas que no pensé que pudiera retener, miasmas policiales, argot antiquísimo. Pronto descubrí que, si su amor se había transformado en odio, la exclusividad seguía. Una vez que yo estaba en el pasillo esperando el ascensor lo vi pasar lleno y entre el montón de visitantes, pacientes en silla de ruedas, camilleros, divisé su cara fruncida iluminarse y largar de una vez su repertorio con los ojos inyectados de furia. La mayoría siguió la dirección de su mirada y luego se posó en mí. Sentí que tenía razón, que de algún modo ella sabía algo de mí que yo había olvidado y, como ella me había dado el castigo, sentí

un rápido y generoso alivio.

En el Basavilbazo no había protestas gremiales, calculo que porque ninguno de sus internos tenía el cuerpo completo para aplaudir, marchar o gritar y eran pocos los que estaban lúcidos como para inventar una consigna, y aunque los aparatos fonadores sonaban con la claridad y potencia de un micrófono, las voces que transmitían eran inquietantes como bramas o bocinas. Pero nuestro coro alcanzaba un efecto inquietante cuando T sacudía el andador, yo me golpeaba la prótesis de la pierna, los “cerebritos” agitaban sus cascos, C hacía batucada y mi fenecido amor rugía a todo volumen mirando siempre en mi dirección.

La primera vez que me hizo una pregunta, casi no me hice entender y dedujo que tenía un *retraso mental.* A partir de entonces me trató con brusquedad poniéndome de espalda a la pared o desmintiéndome cualquier afirmación. Me divirtió ser definida por otro tipo de discapacidad del que tenía, me desayuné de cómo se podía ser tratada en un centro especializado y me apené por todos los que no podían quejarse y eran golpeados y torturados, pero la verdad es que me provocaba una suerte de humor orgulloso; yo advertía la paradoja: debía tomarme por *una inteligencia.*

Joven y ambiciosa, envuelta por el halo de amor de sus pacientes, se acercó a mí cuando era alimentada por la sonda. La saliva se había transformado en una obsesión en los primeros días cuando no conseguía tragar con regularidad, simplemente no pasaba nada del otro lado de mi garganta y boqueaba pegando la lengua al paladar. No me daban de beber ni de comer y cuando alguien lo hizo por error, lancé un surtidor de alimento semimasticado que se estampó contra el espejo de la habitación y el brazo de mi compañera mientras yo entraba en pánico, creyendo que me ahogaba.

Ella dijo que no se ocuparía de mi habla a pesar de que no podía modular una palabra completa. Sobre todo el tono, la marca canora de clase alta que es propia de la clase media. Mi voz seguía siendo un shofar, algún tosco vaguido para

llamar a las ovejas. Ella empezó con una cucharita y unas gotas de agua a la que acerqué mi boca ansiosa. La sola visión del movimiento en la cuchara me despertó una sed que parecía venir del fondo de un desierto. Pero ella alejó la cucharita y me indicó lo que, de allí en adelante, llamaría "la maniobra" que consistía en doblar la cabeza hacia la izquierda, estirar el pescuezo y recién entonces tragar una minúscula dádiva de agua. "La maniobra" me cebaba y a los tres tragos que le seguían, mi sed aumentaba y "la maniobra" era evitada sumergiéndome en una sucesión de toses y escupidas a las que ella respondía con una voz pausada qué me pasaría si aspiraba el agua hacia los pulmones. Luego venía la lista de alimentos que no volvería a disfrutar en mucho tiempo: las arvejas, los garbanzos, las lentejas, todos aspirables por un pulmón en incipiente neumonía, derivaba, dada mi edad, en muerte segura. En poco tiempo pasó a los jugos y a la comida en cantidad para su cuchara de té. El Basavilbazo siempre fue una vasta red de espionaje. Mis deposiciones, mis ahogos y mis faltazos a las sesiones de kinesiología corrían de boca en boca y cualquier reprimenda ocasional servía de lección a probables infractores de los pisos aledaños.

Después vinieron los sólidos. Los sacaba de la heladera de las sobras de la cena de la noche anterior. Una cucharadita de puré de zapallo, un pedazo de tortilla de espinacas, uno de quesito derretido, uno de tiramisú, flan. La pésima comida del Basavilbazo se disimulaba en la miniatura. En la anestesia del refrigerador y de "la maniobra" que yo repetía desesperada de hambre, con la boca ya babeante se volvían manjar. Bastaba que ella se parara en la puerta para que un hilo de saliva empezara a deslizárseme en la pera, como al perro de Pavlov al sonar la campana. Cuando empecé a comer de

verdad me dejaron al libre albedrío de mi cuchara y de mi mano izquierda. Las salsas caían en mi babero, la porción que conseguía arrastrar hasta mis labios se quebraba a medio camino. En mi silla se podía reconstruir el menú de la semana, hecho de carne abombada y masa cruda. La enfermera me miraba con disgusto, sobre todo si la salsa era de tomate —le agregaban una cantidad ingente de extracto— y se parecía a la sangre de las películas y yo a una cabeza degollada con babero. Ella ya no me atendía, pero venía una o dos veces por semana sin avisar y me pescaba comiendo y tosiendo a la velocidad del engullido, la mitad de los bocados sobre mi ropa de encerrada, ese mortificante camisón que nos dejaba el culo al descubierto sin que ningún protocolo de políticas disidentes lo haya discutido.

El atuendo para ir a kinesiología era el siguiente: una especie de tapa de pupitre de melamina blanca sujeto a los brazos de la silla con nuestro nombre escrito con marcador descartable, un pectoral de tela que nos mantenía erguidos, pedanas ajustables y, si era necesario, casco de motociclista. Había, en casos especiales, cables y enchufes.

Mi perfil evolutivo: de la cama a la silla de ruedas. Del baño en la cama al baño en la ducha. De la mesita escritorio y el pectoral al uniforme, de la movilidad mecánica a la marcha en paralelas.

En el teléfono iba ubicando mi colección de enfermedades raras, los síndromes de Pfeiffer con su ideólogo —un modelo *de otro modo de* belleza— que escribía para niños víctimas de *bullying*; Bethy Hamon, a quien le habían extraído el ojo derecho y reemplazado por otro de vidrio —siempre que el video mostraba cómo le cambiaban los pañales, el ojo aparecía a un lado del cambiador—, convexo, brillante y celeste. Bethy era auspiciada por una marca de ropa infantil.

Los médicos de Aram habían aconsejado "dejarlo ir", padecía de trisomía 13 y permanecía internado la mayor parte del tiempo debido a sus dificultades para respirar por sus propios medios.

Little Lizzi vestía a la última moda y siempre aparecía en compañía de un hombre, sin aclarar, si lo había, cuál era su

grado de parentesco “o de amor del bueno”. Todos hacían gala de su fe religiosa y los deseos incluían las oraciones, los seguimientos en las urgencias y los corazones multiplicados. Y solían compartir sus perfiles de acuerdo con la enfermedad. Los padres escribían por sus hijos discapacitados en primera persona. Era un circo digital, un *cyborg* club del consuelo y la hospitalidad para aquellos que el capitalismo había dejado afuera, aunque no tanto porque sus tratamientos eran carísimos. Del otro lado estaba Kim, de Nueva Delhi, sin brazos ni piernas, casado, que podía ejercer su oficio de alfarero, cambiar pañales, manipular la vajilla y lavar la ropa de la familia.

¿Por qué nunca pensé en mi madre? Había muerto en 2004, hacía casi veinte años, pero en estas circunstancias era extraño no evocarla. Un poco porque su muerte luego de su demencia final había sido una liberación. Otro porque, de enterarse de mi accidente, se hubiera transformado en *la mujer cuya hija quedó paralítica y retardada.* Siempre tenía sus propios diagnósticos que eran querellantes con los de los médicos. En el Basavilbazo habría tocado hasta la última de las autoridades. Sido la mujer heroica cuya hija quedó así. "Una lumbrera antes, como yo", aclaraba. Me hubiera vuelto loca y quitado capacidad de resistencia. No sabía cuidar. Cuando cualquiera de nosotros tenía una enfermedad o accidente, generaba rápidamente el suyo: una vez se tiró en la pierna el tubo de oxígeno, otra fingió un ataque al corazón y fue creída. Era autora de los diagnósticos graves y luego la descubridora del error supuestamente cometido por los médicos. Tantos años de esa fe una y otra vez desenmascarada, y volvíamos a creer en ella. Me hubiera dado el ACV mucho antes pero no cuando estaba ella viva.

UN JARDÍN

“¿Quién te va a mirar?”. Me colocan el pantalón que acaba de secarse en la soga, un estampado negro y amarillo. Luego una blusa a lunares negra y blanca que estaba a mano. Protesto, quiero una negra. Siempre fui obvia en mis combinaciones, aficionada a las gamas, a los conjuntos oscuros, a las botas de caña alta, a los usados de símil terciopelo, a los zapatos deportivos de marca común que, cuando caminaba, usaba por años. El cabello largo y el flequillo han raleado, a la *bijouterie pop* la perdí o me la robaron. Mis primeros viajes me permitieron abrigos de la época del setenta, túnicas de seda en colores fuertes, zapatillas baratas pero compradas en Florencia. Después vinieron los panties estampados y los chales encontrados en tiendas parisinas de mal gusto para los nativos pero que en mi ciudad *daban el pego*. En la vejez opté por la remera y el pantalón del mismo color, una especie de uniforme cómodo que imitaba a los de Marta Minujín. Pero mis cuidadoras tenían otro criterio: tomaban las prendas por orden de secado, siempre las mismas. El resto de mi guardarropas, que estaba colgado y encimado en las perchas o abollado en los cajones del placard —siempre fui desordenada—, no importaba. Había una línea de trabajo que lavaba las mismas prendas, las deformadas crocs que me bailaban en los pies pero que aligeraban el acto de calzarme. Nada de cordones, de velcros que había que emparejar a los costados. Con la imaginación que habían desplegado en la parte de arriba, yo rechazaba el colorinche de los pantalones.

Las crocs —siempre las mismas— de color rosado que había comprado con resignación porque no había otras volaban de mis pies al menor movimiento en las sesiones de kinesiología o al sentarme en la cama con brusquedad, como acostumbraban las cuidadoras. Había días en que me daba por vencida en un rincón mientras pasaban la aspiradora y yo yacía con mi blusa a lunares blanca y negra, mis pantalones estampados y mis crocs rosadas.

Hacía frío, entonces me pusieron una gorra verde con pompón que me cubría las cejas. Los pies colgaban flojos sin tocar el piso. ¿Quién me iba a ver? Yo no contaba. Mi frivolidad me hizo percibir entre el borde de la gorra y el escote una cara todavía joven.

“¿Por qué grita esa mujer?”, pienso mientras grito o pienso en *El grito*, de Munch, mientras aúllo. O en la escena de la película *Heroína* donde Graciela Borges se va angustiando durante un congreso psicoanalítico y grita “mamá, mamá” como si la palabra dicha en voz cada vez más alta la volviera huérfana y hambrienta. Yo grito a las que debieran estar atentas: duermen a pata suelta o fingen no oírme o se han ido de la casa, total no llamo mucho, duermo, leo enfrascada o juego con el teléfono. Grito nombres de mujer por motivos quizás no relevantes pero que yo misma, excitada por mi grito, me imagino un incendio, un grito que ya no es un llamado sino un alarido que me imagino no es posible deja de oír y concurrir inmediatamente. De pronto la convocada aparece. Sin alarma, recién despierta, medio mareada. ¿La llamaba? Yo, agotada, he olvidado el motivo o me avergüenza su insignificancia. Pero no es una insignificancia. He dejado el control remoto del televisor deslizarse a la derecha y ya no lo alcanzo. Deberé dormir con ese ruido y esa luz. Tengo hambre porque me he negado a cenar y ahora, a las tres o cuatro de la mañana, estoy famélica. Lo que grito son nombres de mujer, distintos según la época: Paulina, Natalia, Raquel, Eudocia. Tengo que memorizar de quién se trata esta vez. Nadie oye o sí. Cuidar a una persona que no sale es aburrido, es lógico dormirse. Ellas por hábito de su oficio se levantan temprano, se impacientan cuando dilato la hora del almuerzo, me encierran a las diez de la noche, hora en que

nunca tengo sueño, casi diría que empiezo a vivir, a sentirme por fin sola. Es entonces cuando ocurren los pequeños sucesos desgraciados: me han dejado con el aire acondicionado prendido y cubierta con apenas una sábana. He alejado sin querer el libro que estaba leyendo, la luz central prendida, el teléfono descargado. Las cosas que exigen el almuerzo y la hora de acostarse no son variadas. Un vaso con jugo, escarbadientes, servilletas de papel, gotas nasales y pastillas, siempre las mismas. Pero la mayoría espera la enumeración que garantice la orden mientras yo estoy distraída con alguna maquinación. "¿Por qué grita esa mujer?". Nos resuena tanto esa frase que es como si siempre se refiriera a nosotras, a mí y a un abandono tan temprano que es como si todavía no tuviera piel para protegerme del mundo, en carne viva la separación que esa mujer grita por primera vez cuando ni siquiera sabe a quién o a qué le grita pero sí sabe que es una mujer antes de saber todo lo demás y la que siempre parece referirse a nosotras. ¿Por qué nos resuena a tantas esa frase? "Andá a saber".

esa mujer ¿por qué grita?
andá a saber
¿y estaba loca mujer?

no grita
(¿te acordás de esa mujer?)

Ese grito resuena solo dentro de mí. Los nombres ya no nombran nada, suenan a otro idioma que desconozco. A veces lloro. No pienso en mamá ni en la palabra mamá, toda esa escoria psi, sino en la dimensión real de no poder caminar, asistirme y en la ausencia de piedad de a quienes llamo y que imagino me oyen en sueños, han desconectado el teléfono, bestias brutas de las mañanas que golpean con sus elementos de limpieza cada recoveco de la casa, porque en eso han acordado hasta los sindicatos. Las jornadas de ocho horas y el ruido es casi mítico, la voz de aura de los derechos, sus ronquidos porque duermen cansadas como bestias, si hasta puedo oír mientras grito sus ronquidos libertos, sus tretas del débil solapadas o sus escandalosos "la noche se ha hecho para dormir", que confunden el lugar común con el voto por unanimidad en una asamblea internacional. Pero el acuerdo había sido claro en incluir la noche. Perras. Pero ay si reconocen en el teléfono el nombre del amo a quien han terminado por llamar: el macho, el hombre, el *páter familias*. Y eso que soy yo quien les paga pero no manejo el dinero. Al que sirven primero es a él, lo babosean, con sus golosinas, le informan hasta de mis deposiciones, del whisky que me tomo. Al que hay que proteger de mis reclamos si fuera necesario. Y yo, que oculto sus faltas para no preocuparlo, para no ponerlo en el brete de tener que buscar un reemplazo mientras él mismo tiene que lidiar con mi mierda, bañarme cuando no hay horror más grande que el cuerpo de la madre vieja con su

concha embutida y calva, cuando *deseoso es aquel que huye de su madre* —qué coraje había tenido Osvaldo cuando dijo que la concha desnuda de su madre le daba ternura, el hecho de que él hubiera estado ahí y hubiera llegado a este hombre que era—.

En mi infancia se los consideraba monstruos.

Era un coche de bebé enorme y con la capota siempre cerrada, un verdadero dormitorio ambulante con lugar para las mudas de ropa y las mamaderas. Quiero decir que no era uno de los livianos, una especie de asiento con ruedas que dejaba el cuerpo del niño totalmente expuesto, asegurado por un barral y la tela de lona que le separaba las piernas. No tenía en el borde móviles con figuras de animales o simples volúmenes geométricos de llamativos colores, habituales en el modelo. Si bien venía todos los días a la plaza, algo hacía que no me acercara para ver al bebé con la tolerancia discreta de las madres y niñeras que desaparecía cuando el niño estaba dormido. Comencé a notar que el bebé no lloraba nunca y que la mujer joven que lo llevaba a la plaza le hablaba sin emplear jamás ese tono colorido y agudo que se suele usar con los niños. Hablaba lentamente, con una voz íntima y afable, audible en el interior del coche. De vez en cuando, se reía o asentía con la cabeza. Yo aumentaba mi curiosidad día a día y no queriendo llamar la atención, terminaba haciéndolo al mirar fijamente; pronto lo advirtió y se sonrió. Después se acercó a mi madre y le susurró unas palabras que no comprendí. Me tomó de la mano y dijo que iba a conocer a la señora, seguí sin entender. Luego acercó el coche y corrió un poco la capota. Adentro no había un bebé sino algo que me dejó muda. Atiné un saludo que no sabía si iba a ser respondido. El cuerpo era el de un bebé pero la cabeza era la

de una mujer. Estaba peinada con ondas que sostenía con horquillas, un gran jopo sobre la frente y tenía los labios pintados. Pareció fastidiada, pero dejó asomar de la manta que la cubría una mano grande y huesuda. Muy seria, la colocó como para que la besara. Sentí asco y no atiné sino a decirle con un hilo de voz: “Mucho gusto”. Mi madre me había enseñado para que me olvidara de mi timidez un gesto cortés que sorprendiera a los que habitualmente acogía con los brazos cubriéndome la cara. Me había dado una coartada. Estallaron en carcajadas. “¡Mu-cho-mu-cho-gus-to!”, aulló.

La mujer del coche miró a su acompañante tan tentada como ella. Años después comprendí que pareciera un chiste que alguien, al conocerla, sintiera *mucho gusto*. Que la confianza hacía que su niñera se riera también a rienda suelta. Debían nombrar su enfermedad abiertamente. Reírse de las reacciones de los extraños. O se habían olvidado totalmente del asunto. No estaban pensando todo el tiempo en *eso*, como nosotros. Simplemente se reían de mí, de mi frase educada. Me reí yo también, entonces vi los caramelos que tenía a los costados del coche. Eran caramelos comunes. Quizás los que en esa época se llamaban Media Hora. Cuántas veces con mi amiga Ana María habíamos comprobado que, aún sin masticarlos, duraban cinco minutos en la boca. Tenían gusto a jarabe y venían en sencillo papel de celofán. Los que había en el coche parecían muy viejos o que habían sido chupados y vueltos a envolver. Se veían las puntas retorcidas un poco flojas y dejaban al descubierto el caramelo oscuro y opaco de adentro. Algunos se aplastaban unos contra otros bajo el pequeño cuerpo de piernas cortas pero con la forma y el vello de una mujer. Ella tomó un puñado y me pidió que abriera las manos. Los agarré y rápido me los metí en el bolsillo. Insistió para que probara uno. También la otra

insistió y me pareció que se sonreía. Pensé en los caramelos chasco que se vendían en los quioscos y que estaban rellenos de pimienta. En los envenenados de los cuentos. Dije que me dolía el estómago, que no tenía hambre. Entonces las dos se rieron abiertamente. Después me dijeron que podía dar una vuelta con el coche si no iba muy rápido, si evitaba el camino de piedritas. La mujer, que se llamaba Olga, puso los brazos a los costados del cuerpo y cerró los ojos. Yo, como hipnotizada, tomé la manija del coche e intenté moverlo, pero era demasiado pesado. La otra no hizo ningún ademán para ayudarme. De pronto me quitó la manija de la mano y empezó a alejarse. No me saludaron. Luego mi madre me retó por esos caramelos pegoteados en los bolsillos y me limpió las manos con alcohol.

Pudiendo hablar, no lo hacía. Que nadie se distrajera del efecto de su imagen. Otros pedían en la plaza de Catalunya o sus alrededores pero él era el de ademán más ascético. Permanecía detrás de su gorra dada vuelta sobre la loneta donde se apoyaba. Iba a escribir donde *permanecía de pie*, pero estaba visto que el lenguaje estaba lleno de verbos que a él no le atañían. Caminar, asir, abrazar definían acciones para el resto del mundo porque él carecía de brazos y de piernas. Sería aventurado decir que no hacía nada, *portaba su aspecto* sobre el invisible muñón cubierto por una suerte de bolsita o *portaenfant*.

En *Freaks*, la película de Tod Browning, el hombre torso había participado de la revolución violenta contra los *normales*, arrastrándose bajo las ruedas de los carromatos del circo con un arma en la boca.

De pronto sentí una especie de golpeteo rítmico que no podía provenir de un bastón. Se parecía al ruido sordo que hace sobre la mano el paquete de cigarrillos recién abierto, cuando se intenta sacar el primero. Vi la sombra sobre el sendero. No pensé nada porque no se parecía a nada visto o conocido: el hombre avanzaba con leves y pausados saltos. Su rostro había abandonado su inexpresividad habitual por un gesto crispado donde no había emoción sino esfuerzo. Al llegar al borde de la fuente se trabó con la mandíbula en el borde y, de un envión, elevó el torso, que, por su propio peso, cayó en el agua. Con gran habilidad, dejó descubierta la

cabeza. La fuente no era profunda, apenas lo suficiente como para recibir la caída de las aguas danzantes. Luego hizo una especie de plancha y surgió con el pelo húmedo peinado hacia atrás, despejando una cara dura y fuerte de estatua. Miró el cielo y pareció abandonarse al placer. Luego, con el mismo movimiento de palanca, salió de la fuente. Se acercó hasta su morral, que yo no había visto y que tal vez guardaba siempre en el mismo lugar, sabiendo que los arrebatadores de la plaza no se atreverían a robarlo. Con los dientes sacó fósforos y un cigarrillo. Me obligué a mantenerme oculta, a no ceder al sentimiento falsamente solidario que señala al carente su falta, al intentar suplirla. Creo que comencé a incorporarme, pero luego volví a dejarme caer sobre el banco. El hombre, seguramente, no quería ser visto. Había apoyado la caja de fósforos de manera que la pared de la fuente la mantuviera quieta. Que la dificultad proviniera menos de su defecto que del hecho de intentar hacer fuego con el cuerpo mojado me parecía una coquetería cercana a la jactancia. “No se puede encender con facilidad un fósforo con una parte del cuerpo mojada”, leí en su mueca de impaciencia.

Luego, en la oscuridad, distinguí el fuego de su cigarrillo encendido. Sentí emoción. Lo había visto ser como todos los hombres.

BIÓNICA

“Si la ciencia ha destrozado nuestros viejos conceptos corporales también nos ha suministrado uno nuevo: el cuerpo en tanto que mercancía”, anuncia con euforia el editorial del último número de *Colors*, la revista distribuida por Benetton y que solía estar en la sala de espera de la psicóloga. La psicóloga no nos analizaba, apenas nos conducía a un jardín interior con plantas enormes pero faltas de agua y de luz, y una vez allí, marcaba el teléfono del familiar más próximo y nos invitaba a conversar con él rigurosamente vigilados. Así nos tragábamos las denuncias y componíamos una afable comedia. Ella tenía una voz chillona, eufórica y aguda. Siempre recordaba nuestro nombre y siempre decía que estábamos mejor. Un día, para probarla, le dije que no me abandonaban las ideas suicidas. Me respondió que era normal en casos como el mío, que justo a los tres meses entraría en una especie de manía producto de mis avances kinesiológicos y el ajuste en la medicación. La Benetton sugería casualmente que la mejor manera de eludir la discriminación racial, combatir los efectos mutilantes de las guerras del Tercer Mundo y superar los artesanales e imperfectos órganos naturales era la adquisición de prótesis que permitieran tanto la pertenencia a la superior raza caucásica como contar con la eterna juventud de piezas vitales con solo estar atento al mantenimiento de las pilas, o en manos del cirujano plástico Harry Gordon, quien, desde la sala de cirugía de la African Well Women’s Clinic, promete: “Puedo reconstituir una mujer

mutilada en cinco minutos”. Pensé en hacerme cortar brazo y pierna derechos y entregarme al doctor Gordon. Otro aviso de *Colors* parecía estar leyéndome el pensamiento. Como Benetton vende, además de ropa con los colores del arco iris —marrones y negros son minoría—, periodismo de denuncia, informa que de cada 25.000 personas que pisan una mina, 10.000 mueren. Para las otras 15.000 la empresa de caridad Handicap International ofrece a través de *Colors* prótesis recicladas con materiales hallados en campos de exterminio. Si se carece de medios para adquirir la pierna Sarajevo (116 dólares), que es de acero inoxidable y poliuretano, o la Vietnam, que consiste en una bota de goma ajustada a una prótesis de polipropileno y es más económica (17 dólares), se puede optar por una extremidad camboyana gratuita, hecha con un obús de setenta y cinco milímetros y una chancleta.

¿Cómo puede hacerlo? ¿Crear un fantasma donde todavía, aunque pléjico, se mantiene conservado? Si estuviera ausente, el fantasma sería posible hasta el dolor mismo. Si me habré hecho ilusiones con ese muñón limpio que se soñaba hachando un árbol o disparando un arma. Pero no cuando era un miembro inútil. Deberé investigar si es posible o una alucinación. Mi mano derecha tiene su propia vida que yo no domino, pero puedo sentir. Duele a veces como si estuvieran oprimiéndola, aunque suelo pescarla quieta sobre su plataforma. También es fingidora y nueva rica: nunca siento que sostiene una plasta o una verdura cruda, o una escoba —esa acción no formaba parte de su experiencia habitual—. Solo plumas o papeles. Anteojos muy nítidamente. No inventa. Recrea su pasado. No todo. Nunca toca mierda aunque lo haya hecho, ni agua turbia del río que tantas veces ahuecó con su torpe brazada. Ni tocó el pomo de la cadena del váter en la casa vieja. La pobrecita nos da una lección de cómo recordamos: eligiendo lo que nos causa placer. Ella debe gritar bajo el efecto de un trauma cuando se pone a doler hasta hacerme llorar. Lo más pordiosero que le sentí fue un papelito arrugado, ¿un trozo de manuscrito desechado? ¡Si yo no desecho nada! Borro, mando a la basura virtual. ¿Interpreta mi deseo de ser de las antiguas? Colette, Virginia, Katherine. Un bollo pequeño y prolijo que podría ser de una novela, pero nunca norteamericana, que sería un bollo más grande, más macho, escrito y golpeado a máquina, varios

bollos. ¿Cómo sé que es un bollo de dama? Porque es pequeño y discreto, no abollado con furia. Una lección de urbanidad para alguien como yo, que comía como un cerdo mucho antes del accidente, no hay fantasma de lo que todavía sobrevive.

La pregunta insiste: ¿puedo amputarme el brazo o la pierna —no me atrevo a los dos juntos— que solo sirven para conservar el principio de simetría o sea un modelo de belleza al que me opongo y contra el que milito? La mano biónica de Sara es impresionante como la primera *Guerra de las galaxias*. Ella la critica con moderación. Todavía depende de sus mecánicos, sus *services*. No lo dice todo, pero da señales. La muestra girando ciento ochenta grados, pero no se me ocurre para qué sirve esa habilidad que la mano natural ignora, salvo para hacer un ovillo gigante, pero en ese caso ¿cómo haríamos para sacar la mano de adentro? Pesa dos kilos y medio y se descompone cada dos o tres meses. El auto de Sara parece sucio, dice la corresponsal que más frecuenta el TikTok. Sara explica que eso es porque se desprende un poco de la fibra de carbono. Cada uno de sus seguidores la imaginan rica hasta la magnificencia, pero ella siempre está en camiseta y bragas ya que supongo que no desnuda la parte que no se ve. Puede que se saque las prótesis de las piernas pero muestra en primer plano los muñones de los brazos con que se pone las lentillas, abre envases, baila y se acaricia el pelo. Dice que la mano biónica no se puede mojar ni acercar al fuego. Nada sin prótesis. “Desde fuera nos puede parecer tremendo: amputar tu propia mano y sustituirla con un cacharro imperfecto, pero es la diferencia entre tener un trozo de carne colgando, con los dedos en una flexión rígida, o tener algo funcional, que permita recuperar cierta capacidad

de movimiento".

Supongo el dolor de tener esa mano de plomo —es una metáfora— y recuerdo la promoción encubierta de venta de gaseosas que sugería que comprar una sola botella hacía que inclináramos el cuerpo y torciéramos la columna vertebral. En cambio, llevando dos, nos poníamos en perfecto equilibrio como la balanza de la justicia. No, no era color piel, era *color prótesis*, perfectamente reconocible, no era siquiera el de las muñecas de porcelana cuyo verismo llegaba a dar miedo. La desmentida de tanto afán simulador era brusca: un garfio de pirata. La mano liviana y pasiva de poliuretano con guante cosmético —otra vez el color prótesis— no sirve para nada, al menos la mía clavada en la palma es capaz de afantasmarse en bellas sensaciones —ya lo dije—, además yo tengo pintadas las uñas. ¿Por qué no hay manos y pies manicurados? ¿Por qué la función es meramente utilitaria? Como si el accidente o la malformación genética solo inspiraran discreción. La era del simulacro ha pasado y el arte de la prótesis ha irrumpido narcisista, hiperdiseñado, biónico, sexy. Como la mano de Sara.

La mano de Sara es impresionante y ganaría tanto en un baile de disfraces como en una exposición tecnológica —colocando las achuras y moviéndolas sobre las brasas, revolviendo los leños de la chimenea— pero ella dice que se le quemaría, que las bravuconadas de los artesanos biónicos son traducidas por el periodismo a peligrosas fantasías.

Hay brazos que se pegan al *cuerpo restante* como parásitos por un procedimiento llamado osteointegración. Pero no conozco mutilado que, en última instancia, no prefiera sacarse la prótesis de encima, lanzar un resoplido de alivio y gozar de las hazañas aprendidas por su muñón que finge *ser* cinco dedos de la mano o del pie. Basta ver a Nahir cambiar a su hija con la ayuda de nariz y dientes o a Sara colocarse las lentillas. La prótesis nueva generación se conecta al sistema nervioso y se *manipula* —esto es un chiste— desde el cerebro. En mi caso, me pondría paranoica pensando que Elon Musk me programa para la *gerontoextinción*. Lee la actividad cerebral mediante un encefalógrafo que se transmite a una computadora que mueve los motores de, por ejemplo, una mano. ¿Para qué? Para comer una manzana, tomarse un whisky o sobar un órgano masculino sano. Según puedo inferir, la mano biónica puede aferrar, pero no acariciar: es bruta y espasmódica y quisiera ver cómo se arregla Mario Bellatin para hacer las partes manuales de su *ars amandi*. Sospecho que —amén de la curiosidad del *partenaire* y el "número" que habrá hecho como una aburrida rutina para

curiosos con su prótesis artesanal— su muñón es más refinado además de cómodo. Entre los textos y testimonios que recogí, uno se jactaba de que “en décadas una mujer ha conseguido controlar un brazo robótico con su mente para que le diera de beber”.

En 2021 me comuniqué con Fred, usuario de Instagram bajo el *nick* de “Manitas”. Hacía catorce años había sufrido un accidente en su fábrica de placas de vidrio, por lo que le había quedado una mano paralizada que poco a poco se había doblado hacia dentro y como yo, tenía fantasma. En su caso —tardó en confesármelo—, de apretar el pezón de una mujer mutilada puesto que carecía del pecho entero. Fuera de ese jueguito se paseaba aburrido por su fábrica, con el brazo metido en un bolsillo. “Tan tranquilo”, repetía. Hasta que se presentó un doctor con la idea de hacerle una mano biónica. Debido a la lesión del plexo braquial, se podía producir una reinervación del hombro aunque el brazo y la mano estuvieran paralizados. “Claro que sí. Los nervios se pueden regenerar pero no llegar a mi pobre bofe, como yo la llamaba, anquilosado y metido para dentro, tanto que cuando me crecían las uñas me lastimaba la palma de dicho bofe. Qué te cuento que el doctor me dice que unas pocas fibras eran capaces de llevar instrucciones para mover una mano prostética. ‘¿Con mi bofe?’, pregunté. No, ‘con una mano prostética’, me contestó. ‘¿Pero y mi bofe?’, grité medio cabreado porque ya veía venir lo que vendría. Yo había pasado tiempo y me había adaptado como todo manco para hacer con la izquierda casi todo lo que hacía con la derecha. Y bien que me dolió, pero antes me quedaba la duda por si esto ayudaba a la ciencia o a los distraídos como yo. Lo primero fue pasarme músculos de la pierna a los brazos y me dirigieron los nervios a los músculos existentes para ampliar y

diferenciar las señales que no me acuerdo cómo se llaman. Porque necesitas por lo menos dos señales diferentes para tener el movimiento de llave inglesa. Al cabo de tres meses, cuando los nervios han crecido en los nuevos músculos, empiezan a entrenarte.

”Después había que mover los músculos con la cabeza y eso a mí me parecía chino. Al principio lo hacía medio al tuntún, pero después fui haciendo más de mi parte porque te cuesta pensar en dar órdenes a propósito desde el cerebro y no sin darte cuenta, como pasaba antes.

”Una vez que empecé a manejar el brazo virtual hasta la compu: es decir, empezando por pasar esos músculos del antebrazo primero a la pantalla de un ordenador y luego al brazo de oro, como yo le digo por lo que me costó.

”Ahí me cortaron la mano y me pusieron la prótesis que empecé a usar seis semanas después.

”Las baterías se recargan por la noche como el celular.

”Me hicieron un test que pasé con noventa puntos sobre cien, y cien era lo que alcanzaba una mano de nacimiento.

”Al principio no la usaba. Porque es pesada. Es como llevar una chabola colgando todo el tiempo. Mucha gente que se compra prótesis de ochenta mil dólares no la usa. Te queda con el muñón a pelo. Además depende de la edad de la persona. Hay gente que prefiere no competir con lo que fue. Y si tiene familia la pone a cargo. Pero se piensa demasiado en la perfección y en el éxito de la ortopedia. Te presionan para que avances y si te adaptas te aplauden como si fueras Mbappé. Pero la cosa no es lineal. Puedes llegar a un punto y tener depresión porque la prótesis, aunque parece cosa de *La guerra de las galaxias* y te financien para hacer publicidad, es una prótesis y ya. Al principio puedes tirarte una chica y no saber si lo hizo por lástima o por esnobismo. Es meter un

marciano en el medio, que encima hace ruido y pesa. Entonces estás más atento a eso que al amor. Encima no sentís nada y es como si un degenerado te estuviera mirando: la ortopedia, el prostético, los amigos que estás seguro se preguntan cómo hago o que preguntan directamente. En cambio, con mi bofe seguía siendo yo. Ahora salió la mano Tesla que tiene unas almohadillas en las yemas de los dedos que son censores para que simulen un tacto y es a prueba de agua y la densidad de sensores en la yema de los dedos, por ejemplo, es enorme. Las manos mecanotrónicas más avanzadas recogen información de la superficie y la transfieren de vuelta hacia el sistema nervioso central. Todo muy lindo pero si tenías una mano de artista ahora tenés una mano proletaria”.

Siempre le tuve miedo. Su seguridad, el aplomo con que habla de lo que antiguamente se llamaba “espíritu”, sus investigaciones que bien pueden hacer que se considere una “filósofa del agua” crean una charla sofisticada. María Inés Mato usa prótesis en la pierna izquierda. Yo pensaba en usar una. Me pareció un buen argumento para llamarla, es más, un derecho.

—Según parece las prótesis última generación son a menudo abandonadas por los usuarios porque no son cómodas.

—Y requieren mucho *service* además de ser muy caras y de difícil adaptación. Más allá de las prótesis biónicas no hay que perder de vista las prótesis usadas por la mayoría de la gente de este mundo. A medida que el cuerpo va cambiando viene la necesidad de cambiar también las prótesis y además de que la tecnología fue evolucionando. La primera prótesis que tuve era un socotroco espantoso, con base de madera y una estructura de metal a lo largo de la pierna. A esa prótesis recuerdo haberla compartido en mi casa en juegos con mis hermanos, convirtiéndola en el cañón de un barco pirata, o sea, en un contexto de juego.

María Inés Mato es nadadora de aguas abiertas. El 25 de agosto de 1997, atravesó el canal de la Mancha desde Dover hasta Wissant en poco más de doce horas. Quería detenerse allí puesto que había empezado por la cima. Pero el agua le siguió tirando más allá de las lecturas de la facultad pasadas

por agua como *La ribera,* de Enrique Wernicke, y “El nadador”, de Héctor Viel Temperley, y de su trabajo como profesora de Semiología en el que es muy popular.

—¿Y en la escuela?

—En la escuela, que era muy chica, tenía un aula para cada grado, había dos zonas, una donde estaban los alumnos de hasta tercer grado y, luego de un pasillo donde estaban colgadas la campanas, otro patio donde estaban los de cuarto, quinto, sexto y séptimo grado. Y yo cada tanto me pasaba a jugar al otro. Como consecuencia me rompí la muñeca jugando. También tuve una prótesis modular que tenía una parte de aluminio que rompí con el beneficio de tener la pierna reparada enseguida en vez de estar un mes enyesada.

—¿Te hacían *bullying*?

—No, no era objeto de *bullying,* más bien fui sujeto de *bullying,* pero esa es otra historia. Yo uso prótesis desde los cuatro años, así que tuve varias etapas. La primera fue de industria nacional, por llamarla de alguna manera, prótesis que cambiabas todo el tiempo porque crecías. Empecé con unas de madera, seguí con otras modulares y esa fue mi experiencia durante dos décadas. El gran cambio fue en el 93 cuando yo hago mi gran salto tecnológico con una prótesis que se llama Flex-Foot, que es “Fellini”, de fibra de carbono y que fue desarrollada por un muchacho norteamericano que tuvo un accidente, le amputaron una pierna (tenía veintiún años) y no estaba nada satisfecho con las prótesis que se hacían entonces y se puso a estudiar ingeniería, biometría, física (la verdad es que era un genio). Hizo toda una revolución sobre todo para los amputados bajo la rodilla. Se dice que las Flex-Foot pueden llegar a durar unos siete años (por supuesto que todo el sistema médico y de ortopedia quiere que vos cambies tu prótesis cada cuatro años), yo la

tuve viva diecinueve años.

Por ejemplo, cuando nadó treinta kilómetros de Nilo nauseabundo o cruzó el canal Fehmarn Belt para entrar en la ciudad alemana de Puttgarden y en el Guinness del que se ríe un poco: “Se tiene el récord hasta que lo tiene otro”. Rodeó en nueve horas el santuario de la isla de Manhattan, mientras desde el barco acompañante le apartaban los desechos de Harlem para permitirle salir hacia el Hudson, que, según ella, le habló en una lengua de olitas y correntada (estaba atravesando mitos literarios y cinematográficos).

—Todo eso ya con la de fibra de carbono.

—Yo nado sin prótesis y con eso se engancha la figura de los piratas en cuyas historias las patas de palo son un ícono. A veces visualizo que uno de estos piratas encuentra en el barco mi prótesis que es algo mucho más desarrollado que una pata de palo. (En el mismo paso que vos vas dando la propia pierna produce energía para seguir avanzando). Para mí, la prótesis no es algo mecánico que yo utilizo instrumentalmente para caminar. No es una cosa, sino que tiene su propia alma. Es el símbolo de la fidelidad. Literal y simbólicamente me ha hecho pata siempre. Mi prótesis siempre está.

Cuando atravesó el canal de Beagle, esa zona de conflicto que Darwin recorrió en un bergantín de 242 pulgadas con veintitrés años y una pistola de sesenta libras, lo hizo el día en que cumplía treinta y seis años, bajo un viento de cincuenta kilómetros por hora, y una corriente que la dejaba braceando en el mismo lugar y le hizo estirar más de dos mil metros su recorrido.

—En el 93 hacés el gran cambio tecnológico.

—Por supuesto que la parte de arriba se fue rompiendo y la fui arreglando con alambre y Poxipol. La parte de arriba es de

esta nueva tecnología del encaje que inventó otro tipo que falleció el año pasado y era un islandés que nació con la falta de un miembro y que tampoco estaba contento con lo que le estaban ofreciendo. Y creó una multinacional con sede en Islandia y después se compró los derechos de Flex-Foot. La prótesis en sí misma no es la solución. Para caminar bien con una prótesis hay que estar bien físicamente, con las articulaciones, la manera de pararte, la atención sobre todo el cuerpo.

—La mayoría de los usuarios parecen aliviados cuando se quitan sus prótesis.

—Yo, al revés, me inquieto cuando tengo que dejarla, por ejemplo, cuando nado. Yo, en una época, iba a nadar a Zárate, a un club en el que tenía que entrenar muchas horas seguidas. En el entrenamiento nadaba a favor y en contra de la corriente y contaba el tiempo, hacía una ecuación de cuánto me llevaba nadar de esa manera pero el tema era la prótesis. ¿Dónde la dejaba? En la orilla, pero eran horas las que yo entrenaba. Entonces dejaba un cartel que decía "ya vuelvo".

—Terrible.

—Era terrible pero que alguien dejara en claro que había una persona que la utilizaba y volvería a buscarla.

—Que no era una obra de arte moderno.

—Otra anécdota fue hace poco cuando me estaba entrenando para el agua fría en el río Manso. Paraba en un camping a la vueltita del lago Mascardi y había zonas como la del muelle de acceso al río que es muy inundable. Una vez lo único que quedaba fuera del agua era el muelle que permite una salida al río Manso a unos trescientos noventa metros, y después de nadar unos ciento cincuenta, sale al lago Mascardi. En ese camping hay un perro, un labrador negro,

bellísimo, Tango. Y sabés que a los labradores les fascina nadar. Yo durante un tiempo nadaba con Tango, también jugaba. Pero lo que planeaba era nadar en el lago, entonces lo que hice fue pasar la zona inundada y en el muelle dejé la prótesis, mi ropa y un bolsito que tenía y me fui a nadar. Cuando voy llegando al muelle veo que no estaba la prótesis. Me dije guau qué habrá pasado acá. Lo que había pasado era que Tango hizo una inferencia de que la prótesis estaba en riesgo en el muelle y la llevó a tierra firme.

—Los nuevos diseños incluyen las formas más audaces de la moda.

—Pero los encajes son de distintos materiales, se rompen y hay que cambiarlos; yo pongo media sobre media, esas son lo que yo llamo las cosméticas de las prótesis. También exigen mucho mantenimiento. Porque lo que realmente manda es el cuerpo vivo y lo que pueda inventar con eso. Hay una película que se llama *Kandahar*, que tiene escenas muy hermosas. En una de ellas aparecen unos aviones supuestamente de Naciones Unidas arrojando prótesis con paracaídas para los que han sufrido amputaciones por las minas de la guerra civil de esos años en Afganistán (las imágenes son impactantes) y en otra escena en el desierto un hombre le lleva una de estas prótesis a su mujer, la viste con una pollera y se pone a bailar.

—¿Tus entrenadores tenían una relación especial con el hecho de que usaras prótesis, aunque no para nadar?

—Con Claudio Plit, que es con quien empecé a entrenar, sucedió algo gracioso. Recién nos conocíamos cuando me dijo: “Mirá que yo no tengo ningún problema con la prótesis, la amputación, el muñón, todo eso. Mi papá era un médico rosarino que falleció de una septicemia producto de su actividad profesional en una salita de primeros auxilios en

Fisherton. Yo tenía cuatro años y lo que más recuerdo de mi papá es la prótesis que quedó en el fondo del patio de la casa”. Entonces a mí se me proyectó la imagen de una situación donde estuviéramos cruzando el canal de la Mancha, en una situación dificultosa, y Claudio, en vez de tener su atención sobre mí, estuviera jugando con mi prótesis como si fuera la del padre.

—A la prótesis que tenés ahora la bautizaste Fellini.

—Fellini no es el nombre que yo le puse a una prótesis, Fellini *es* mi prótesis. En el año 93 (más o menos en el mes de octubre) yo venía en el proceso de hacerme una prótesis nueva, que era esta de fibra de carbono, lo que me iba a demandar caminar de una manera totalmente diferente, pararme y recibir de la prótesis una energía para dar los pasos que las anteriores no me demandaban y, al mismo tiempo, yo venía siguiendo todo el proceso de la enfermedad de Fellini. Sus internaciones, los días en que se recuperaba, y más o menos en el mes de octubre, yo estoy esperando que me entreguen la prótesis para irme caminando con ella puesta y encontré una revista (creo que era *Noticias*) donde aparecía (después se supo) la última entrevista que daba Fellini porque al poco tiempo falleció. La periodista le dice: “Ahora que se va a recuperar, ¿qué proyectos tiene para el cine?”, y él contesta: “Si me recupero no está en mi futuro el cine, ese cine ya está en mi pasado”. “¿Pero entonces que es lo que desea?”, pregunta la periodista. Él dice dos o tres cosa más, volver a su casa por supuesto, irse de la clínica de rehabilitación y luego: “Deseo pararme con dos pies sobre la tierra”. En un punto yo estaba en la misma situación que él en el sentido de que la prótesis nueva me obligaba a aprender a pararme con dos pies sobre la tierra. Y cuando empecé caminar dije: “Fellini, ya estás parado con dos pies sobre la

tierra”.

Era un día de verano. Ya se sentía el bochorno y yo me la pasaba en la cama, inmóvil frente al ventilador. De noche se levantaba viento, lo suficiente como para permitirme dormir. Soñaba mucho, casi siempre pesadillas como la de caminar y sin que nadie se diera cuenta. Recuerdo que en todas me perseguían y yo escapaba. Corría y también lloraba. Al despertar, mi cara estaba seca, pero tenía la mandíbula apretada y la lengua adormecida igual que mi lado derecho. De día me dominaba el desasosiego. Había dejado el alcohol. O él me había dejado a mí. El hígado, habitualmente silencioso, se cobraba en náuseas y mareos los años de alegre disipación. No sufría. En la abstinencia y bajo el rociador de agua, se restablecía el croquis del cuerpo, los poros ya no exudaban esa mezcla almizclada de formaldehído y sudor que el hueco de las axilas cobijaba hasta llegar a la nariz. Es cierto que llegaba con una especie de sordina, ya que el alcohol me intoxicaba, aturdiéndome. Que el goce era corto, brutal y me dejaba indiferente. Solía decir en broma que el clítoris había quedado del lado derecho. Ahora estaba "limpia". Olía a bebé —deliraba—, a crema humectante, a perfume. Lentamente los sentidos regresaban, pero no la sensibilidad, el movimiento. Me cansaba la silla de ruedas con sus pedanas rígidas y sus gomas siempre desinfladas. La eléctrica no sorteaba las baldosas rotas y me hacía saltar en *wheelies* que me dejaban aterrorizada. Me masturbaba por aburrimiento como si lo hiciera con angustia o dolor y

alcanzaba un leve cosquilleo que se parecía a las ganas de orinar o al comienzo de una cistitis. Esta última imagen da mejor cuenta de *cómo me sentía*. “Un lastre”, solía decir una amiga.

Entonces llamé a Noelia. Estaba enterada porque tenía un hermano también en silla, solo que tuvo que esperarla años y era usada. Excitable por razones profesionales, sabía fingir con un repertorio repetido de gorjeos, de suspiros y de grititos capaces de dar al macho la respuesta esperada ante una *performance* superior, pero que a mí me tenían sin cuidado, como al depredador el vuelo del depredado si este vuela lo suficientemente cerca como para eludir el esquema visual preciso que desencadena la agresión. Si elegí a Noelia fue en nombre de eso que las actrices denominan “memoria emotiva” y yo podría traducir en “memoria sensual”. Me había acostado con ella: fue agradable, sin consecuencia, un poco brusco. Recuerdo mi ágil movimiento de cintura y rápido girar hasta el lado de arriba en la posición del misionero. Noelia me inspiraba canciones, poemas y títulos de novelas, jirones de prosa propia y ajena. Todo con ella podría tener el nombre de “ejercicio”.

Era muy alta (“Eres alta como un maldito riel”), tenía las sienes estrechas, los ojos muy separados (“yo te llamaba Caballito / tú no tenías ningún nombre para mí”). Gustaba mucho a los hombres porque tenía el cuerpo esbelto y flexible, un culo musculoso y alto (“Jamaica Delhida / cómo te deseo”) sin ningún tatuaje que distrajera de sus formas, ningún *piercing* que molestara al besar. Llevaba los cordones sueltos de los borceguíes, cuyos bordes ensanchados hacían que sus piernas fuertes y velludas parecieran muy flacas, y la lengüeta de cuero, la de un animal amenazante. Era de un desaliño estudiado y nunca se peinaba (con esos rizos

alborotados parecía una coliflor).

Tenía novia, no siempre la misma, que le duraba cierto tiempo, luego la dejaba por otra, pero nunca la engañaba y la trataba con una dulzura casi maternal. No mediaba el dinero con ellas, pero siempre se quedaba con algo que no le pertenecía: una remera, un aro, una planchita para el cabello.

La llamé casi de madrugada porque sabía que estaba despierta o en el tren urbano que salía de Once, rumbo a su barrio, después de haber trabajado toda la noche y aprovechando para contar el dinero recaudado (lo ocultaba en un bolsillo de la cartera y lo contaba sin mirar, atenta a cualquier movimiento de los pasajeros). Vivía en Flores, ella se apresuraba a aclarar que "en el alto" porque se consideraba una belleza fina a la que todo el mundo quería agasajar y no una puta. Y se atrevía a decir sin vergüenza, más bien con desaprobación, "esa está trabajando" cuando veía, en las esquinas de Balvanera, a una colega sacando culo bajo su pollera de lycra fosforescente. La llamé porque le tenía confianza, conocía hasta dónde podía llegar o creía conocerla. También sabía que era incapaz de sentir lástima. Además tenía que exorcizar la escena en que la había conocido y, como soy supersticiosa, me obsesionaba. Fue durante un asado en el Gran Buenos Aires, en una unidad básica que hacía una colecta para sostenerse. Era una casita colorada a la que se llegaba por un camino rodeado por macetas de malvones blancos, y las tiras plásticas de la cortina que tapaba la puerta componían la cara de Eva Perón. Ella salió de la puerta, o sea que rompió el rostro de Evita, con un plato de carne que apoyó en el borde de la parrilla. Luego sacó un limón del bolsillo y lo exprimió sobre lo que parecían churrascos. "Es riquísimo el corazón, si se lo sabe hacer", dijo, consciente de que esperábamos los emblemático

choripanes, mientras enarbolaba una Tramontina y la afilaba con un cuchillo. Después tomó uno a uno los corazones y les sacó la grasa y unas finas venitas que los envolvían. Yo estaba atenta y levemente asqueada. Era la única víscera que no comía, junto con los riñones, que siempre me parecían sucios de orina. Además no como nada cuyo nombre me provoque asociaciones literales (ropa vieja, niños envueltos). La Tramontina era excesiva para sus tareas, pero pronto me mostraría su verdadera utilidad. Pegó varios golpes y los corazones se partieron mostrando su ¿corazón? de sangre oscura y viscosa. Sentí una puntada en el pecho que me dio vergüenza. Pensé que esos corazones debían ser duros, puesto que necesitaban de la Tramontina para romperse. Luego saló, salpimentó y los echó en una parrilla improvisada sobre unos ladrillos. Cuando la carne estuvo crujiente y olorosa, vuelta y vuelta, no sentí nada, después de todo era de una vaca muerta. Vaca Muerta era un nombre que se repetía en la charla de mis compañeros y que yo no escuchaba. Me pareció otra señal de mal agüero.

Cuando Noelia llegó a mi departamento se quedó parada con aire de cortedad, esquivando dirigir una mirada directa a la silla de ruedas. Llevaba un peinado comanche y una camiseta de malla que trasparentaba los pechos, uno de los pezones se le escapaba por el tejido. No era sexy, era cómico.

—Perdoná que no me levante —dije.

—Siempre guaranga —me contestó.

Me gustó que me siguiera la corriente y que evitara los lugares comunes de la piedad como llamarme “guerrera” o decirme que seguro volvería a caminar si tenía voluntad. Le dije que se desvistiera pero que antes me ayudara a pasar de la silla a la cama. Lo hizo bastante bien. Había sido enfermera.

—Nena, ¿así qué querés que pase? ¿Te creés que todo es como antes…? Hay que probar con esto aunque no sea lo tuyo, fijar el dolor de a poco, la experiencia de pierna muerta como placer si es que no sos cagona. Mirá…

—Miro.

—Mauro estuvo muy enfermo de chico, como un año acostado sin moverse. Le ponían un colchón de caucho porque se hacía pis. Entonces, de grande se hizo *de los del latex*.

Era una máster parlanchina y quizás mitómana.

—¿No probaste como la otra vez?

Puso cara que quería ser de pilla, pero era de grosera nomás. Me puse colorada. Hace años, cuando me hicieron una cesárea para el nacimiento de mi hijo, ni bien me desperté me sentí tan dañada que estiré los brazos por entre las vías —la del suero y la de una transfusión— y me masturbé. No fui hasta el final. Solo quería comprobar la sensibilidad, la parte eléctrica del éxtasis, no su valor de época.

Ella podía herirme, pero yo no podía correr. Que no me hiciera algo que me asustara. Se disculpó. Le pedí que se pusiera en la posición del misionero a ver si yo podía abrir las piernas. Con un leve dolor, me fue fácil con la izquierda, a la otra no podía ni siquiera levantarla. Cuando ella lo hizo, volvió a estirarse.

—A ver, bombeá.

Nuevamente la sentí fuera de lugar, pero lentamente comencé a mover la cintura. Hubo cierto ritmo parejo.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y qué?

—Te moviste, pero ¿y *lo otro*?

—Ah, sí. Eso ahora no importa.

Me lanzó una mirada insinuante. No le creí.

—Hay que probar con esto aunque no sea lo tuyo, a menos que seas cagona.

—Dale. Pero no es por ahí.

Y claro que podía "bombear" pero no sentía nada. Lloré fuerte con hipos, me descargué. Sin darnos cuenta nos deslizamos fuera de la zona que nos era familiar: el cinismo. No podía poner la pierna en su lugar. Comenzaron los espasmos. Se corrió asustada. O sea que daba miedo. No solo yo miraba mi pierna como si no formara parte de mi cuerpo y que emitía una especie de gorjeo, que al principio pensaba que venía de la calle. Un quejido sin voz, un poco ronco como si fuera de un animal encerrado que me hizo gritar hasta que reconocí, en la secuencia inquietante, mi propia voz. En vano ella intentaba emparejar la pierna con la izquierda. Volvía a su posición rígida y fofa. Me miró y se sobresaltó, pegó un grito y pronto estaba llorando conmigo. Entonces nos abrazamos y nos tentamos de risa, mocos, lágrimas y rímel. Cuando me sequé la cara, vi que ella no podía parar de llorar. "Lloré mi vida", dijo, tratando de no mostrarme la cara. Buscó en la mochila, en realidad la dio vuelta. Sacó los restos de un paquete de toallitas de papel y se tapó los ojos con furia. Pero no paraba, iba doblándose en su propio hipo. La vi envejecer. La leve jorobita de los que pasan la treintena, los dientes encimados. Los tatuajes que parecían más tumberos, de ese color azul violáceo del calcado de Simulcop que ella no había conocido, la miré sorprendida: la gente muestra más cuando está llorando. Metió las servilletas en un bollo e iba a esconderlas en la mochila. Le dije que usara el tacho. Me pareció que sentía una especie de alivio, se aflojó más los borceguíes y los cordones se perdieron bajo la cama.

—Ahora sí que te sale el cuatro —se burló aludiendo a mis piernas, una doblada, la otra muerta. No me gustó el chiste.

Aunque pensándolo bien no me tenía piedad. Me agarré de la pierna tullida y la puse paralela a la otra. Seguía llorando. ¿Por qué? No sé si quería saberlo. Balbuceó que el cuñado quería tener algo con ella y que a la hermana se le había metido entre ceja y ceja que ya había pasado algo pero ni loca. Pensé que diría la palabra “abuso”, pero no, ¿qué tenía que ver todo eso con que yo haya quedado frígida?

—Ah no, nada que ver… Lloro porque me contagio… y por todo.

Dejé de mirarla para que no se largara a contar. Empezaba a aprovecharme de los privilegios accesorios de los impedidos. Ahora descansábamos cabeza a cabeza. Se hizo un silencio, comodísimo y se metió en el baño. Las dos nos reíamos. Me tranquilicé.

Yo había recordado la coreografía como una autómata, eso no podía quedar ahí. Se reinició. No era agradable, sus dedos me abrían con una precisión que me pareció demasiado profesional, casi me lastimaba. Me rodeó la cintura con un brazo, sentía su aspereza, las rugosidades de cicatrices que imaginaba sin haber visto. Le toqué el revoltijo del peinado. Alzó bruscamente la cabeza y comprendí que en ese juego no debía tocarla. Yo seguía seca, cerrada como una virgen, incluso paspada. Le dije que se fuera, que me perdonara, que se llevara la botella, a lo mejor otro día…, se me caían otra vez las lágrimas. Me soltó y volvió a hurgar en su mochila pero no presté atención, me tapaba los ojos con un brazo. Volvió con la Tramontina en la mano. Mostraba los dientes detrás de los labios apretados. Sentí miedo, pero no quise dar el brazo a torcer. Me atrajo hacia ella con rudeza y me inmovilizó mientras me sujetaba las manos a la cama. Sus melindres anteriores habían sido solo preámbulo, la introducción a una escena… ¿pero cuál? *Rehabilitación por el*

absurdo. Bajó la cabeza hasta rozarme el pecho, sentí que trazaba con la Tramontina una línea delgada y sinuosa. Creí que me buscaba los pezones, pero no. Esperé resistiendo el dolor y aguantando hasta donde pudiera. Yo trataba de imaginar un dibujo, una palabra. Aceptaba su teoría de cambiar la anestesia por el dolor. Permanecí inmóvil sabiendo que si me movía, la herida sería más profunda. Se apartó y me miró sangrar librándome las piernas. Yo también me miré. Una N se extendía sobre mi pecho, empezaba a deformarse en gotitas que corrían abajo y coagulaban casi hasta llegar al ombligo. Esperé a que continuara y el miedo dio paso a la resignación, la Tramontina brillaba, solo la punta estaba manchada de sangre. Tenía palpitaciones, no me quejaba. Estaba paralizada.

Atenta, sentí en la piel las ondas concéntricas del placer que volvía con una especie de sordina ("La tormenta revuelve el jardín cerrado / hay trópicos en los cuerpos y en los corazones"), el anuncio de una descarga que se replegaba con intermitencia pero que insistía en remontar su roca de Sísifo ("sin embargo me has puesto en el regazo / trabajándome hasta verme alcanzar / la parte sencilla de mi éxtasis") al son del chasquido líquido de los pechos (los pechos, no los senos, quiero decir el pecho de ella y el mío) debido al calor de esa mañana de verano, con las persianas alzadas por descuido durante la noche anterior ("yo iba a extraer del río, lo juro / la blanda pepita del placer"). Me había montado casi con dulzura, pero ahora buscaba su placer con los ojos cerrados hasta que lanzó un especie de silbido ("separadas una de la otra por la tormenta, / vi el relámpago que te cruzaba la frente / ¿Por qué todas lloramos al volver?").

—¿N de “Noelia” o de “novia”? —pregunté haciéndome la viva.

Me contestó con una cifra de tres dígitos y subrayándola con los dedos. ¿Me tomaba por un hombre o me desestimaba como novia? Un nubarrón de prosa barata cayó sobre mi memoria poética (“flaca / dos cuartas de cogote”) y fantaseé que ella era lo suficientemente astuta como para pasar la cuenta después de haber gozado. Yo no era una novia, entonces ¿en qué serie me ponía?, ¿la paralítica? En todo caso era la idiota de siempre: bastaba un jueguito banal, un lugar común de las artes de la guerra erótica y ya me creía ante *el enigma de la mujer.* ¿Qué era yo entonces? ¿Un corazón cocido y masticado? ¿La mitad de una clienta envejecida? Me arrastré hasta mi cartera y saqué un fajo de billetes de cien que me había entregado el cajero automático. Agregué otros muy gastados: humillación por humillación. Ella se mojó los dedos con saliva y los fue poniendo en pilas de diez sobre la cama. De vez en cuando, me lanzaba una sonrisa coqueta y pudorosa, como si estuviera contando flores. Entonces tuve una idea, después de todo, no soy tan pusilánime. Me acerqué al ventilador —tenía todo al alcance de la mano— y lo prendí al máximo. Los billetes volaron hasta el techo y se esparcieron por el cuarto. Frunció el ceño y debió calibrar en su imagen agachada recogiéndolos, bajo mi mirada, alguna pasada humillación.

—¡Perdí! —dijo y se tiró sobre la cama.

Sentí que ya no podía volver a armar versos con la memoria. Quería pensar (“Amor se fue / mientras duró…”)…

Me lanzó una mirada de suspicacia.

Le dije que trajera la botella de fernet y me serví. Suelo hacerlo sola a pesar de que siempre vuelco un poco. Dejé que me ayudara a acomodar los almohadones bajo mi espalda. Y

nos dormimos.

“Bajo las matas / En los pajonales / Sobre los puentes / en los canales / hay cadáveres”. El hipnótico fraseo de Néstor Perlongher se leía en los cuerpos de la Marcha Federal del Orgullo Antifascista y Antirracista convocada por el movimiento LGTTINBQ para el primero de febrero.

Y allí estaba yo, en mi silla de ruedas pos-ACV con la batería bien cargada, sus luces prendidas y a baja velocidad para no atropellar a nadie y creyéndome una paralítica subversiva, una Françoise d’Eaubonne y su banda de tortas, travas y maricas que atacaban con salchichas a las instituciones del Mayo del 68 francés.

Yo nunca había sido una activista, tenía un cuerpo ensimismado y retraído. Me daba vergüenza cantar las consignas y pronto soltaba el resuello. Era de biblioteca y de recuerdos, pero había fundado un suplemento para mujeres y una revista que se llamaba *Alfonsina*, donde escribía Perlongher haciéndose la madre de plaza, judía y feminista, autobautizada Rosa L. de Grossman.

Tampoco concurría a los festejos que me dejaban afuera en sus comentarios, sus complicidades y sus mimos, que provenían de su trato frecuente y entusiasta. Pero mis fans me saludaban con efusión, aludían a que yo, de algún modo, había participado en esa unión joven y colorida, ahora rodando y dándome dique con mis luces y mi motor ronroneante. Y había quienes me deslizaban un “te quiero” fugaz, me tiraban la banderita de colores o me acercaban el

pico de una botella de agua. Hablaban en pasado: "hiciste", de "algún modo vos empezaste". Sí, sí, en la prensa, pero poco en la fuerza política, asistiendo a una especie de club privado llamado Las Lunas y las Otras, donde mostraba gigantografías y resúmenes del feminismo de fin de siglo francés que, según yo, venía en parejas. Y mis exalumnas estaban allí ya con canas. Graznaba, daba vueltas en mi silla, con mi remera con la imagen del meadero de Duchamp. Ya comenzaba a sentir el síndrome del impostor cuando advertí que hablaban en pasado. Yo no había inventado "la vida está en riesgo" o "basta de hambre, hambre de basta", aunque sí podía haber bautizado a la columna "Mostri" ya que durante mucho tiempo ese fue mi apodo y además soy megalómana y ese apodo está en mi naturaleza como el escorpión del chiste.

Un ciego insistió en mantenerse perpendicular a la marcha, los ojos fijos en el azul del cielo despejado. Una exmontonera soportó las instrucciones que le daba una chica con voz de pajarito, antenas de bichito Bucky y tutú, ella que había formado parte de la Columna Norte. La ronda de cuidados, sensual y como de bacantes embriagadas, protegía dos sillas de ruedas, la otra llevaba a Fanny, una sobreviviente del Vesubio, muy seria y circunspecta, consciente de su jerarquía simbólica en la formación. Yo cantaba las consignas en voz bien alta, como no lo había hecho antes.

Estaban les septuagenaries que marchaban por primera vez porque se habían sentido insultades; el viudo que lo hacía por *él*, con quien habían convivido cuarenta años y había muerto, dejándolo con los perros y las plantas, por eso tenía que irse y se fue muy erguido porque ahora se sabía héroe. Pasaban las musculaturas queer recién venides al *coming out* con un solo día de salida en los corsos del pueblo, desobedeciendo al modesto ambo civil de los bancarios; las tortas de motito,

maestras de niñas analfabetas, de pubis adelantados en la crin y la yema de los dedos; los veteranos de Malvinas —no más de cuatro—; los no binarios tan socarrones como Gabriela Ivy; las travas perfectamente equilibradas en las agujas de sus tacos —¡qué bien se erguían esas pantorrillas morrudas aunque se doblaran en la brea de la vereda!, la Rosa L. de Grossman resucitada tan verso a verso— tan poco *pride* en criolla discreción.

Los fotógrafos entraron mareados por esa escuálida vanguardia, buscando la cantada libra de carne trava de exhibición colonizada y chocaban y se encontraban con nosotres en primera fila, la ronda de cuidados apretándose alrededor, que así no lo hubieran baleado a Facundo, nosotres porque se empieza por cambiar la letra y qué queda sino la revolución. ¿Dije nosotres? ¿Quiénes? ¿Los muertitos nuestros? Ellos no conocieron esta lengua. La igualdad se conjugaba en una O de Orga que va al muere y en el muere se conjugaba la igualdad.

¡No me hagan renegar ahora que tengo la lengua materna en el muelle de las brumas! ¿Recibiré por eso la excomúnica?

Me viene en auxilio de pueblo el Bebe (Cook) por infartos de la memoria porque nos creyeron “una congregación de papanatas”, “la acumulación multitudinaria de abribocas encandilados”, esa “interrupción fatal y transitoria del devenir histórico”, es decir, PERONISMO, y por eso el castigo de la parálisis infantil como dijo un clérigo financista aunque fuéramos para los juristas de almas heladas *holocaustos realizados por la clase obrera y las clases populares*. (¿No será esta una metida de pata del Bebe o un simple “confusionismo secundario”? Y porque hay “golpismos de rocamboles”, “frentismos petroleros” y “electoralismo pitagórico” por donde vagan lo mismo los verdugos y las víctimas). Estaban

los tambores a destiempo por el peso de las tetas abrillantadas y chiquitas como hociquitos de laucha (diría Santoro), el camión donde un cartel enorme citaba a Perlongher frente a militantes con polleras.

Matria afuera quedaban las pasiones tristes y padres, los que se cabrean de vernos bailar nuestra furia, cantar nuestra violencia, silbar nuestra estrategia. Yo que pronto estaré magníficamente muerta de muerte decidida por mí en eutanasia o natural, si me descuido dejo al pueblo la silla que llaman eléctrica, a la rara Argentina mis libros, mis plantas y mis gatos. Me fui temprano es cierto, pisando los panfletos arrugados y húmedos de leídos, los carteles que cuando están frescos tatúan con consignas secretas, los tambores entre los brazos desnudos que tocan con un ritmo inventado y dulce, la más maravillosa música, las palabras que aún no conocemos pero que ya recordamos guardar en la memoria. ¡Una paz, una felicidad, un sosiego! Y a lo lejos, la voz olvidada de mi madre.

«María Moreno es la más inteligente de las cronistas, la más amable si quiere y la más despiadada si lo necesita. Como cronista de sí misma es monumental. Y nadie como ella para contar el cuerpo, en este caso, el propio».

Mariana Enriquez

En el obcecado esfuerzo por recuperarse de un ACV que le paralizó el lado derecho desde el rostro a los pies, María Moreno observa lo que ocurre con su propio cuerpo y el de los que la rodean en la UCI, las habitaciones de una clínica asediada por el covid y la sala donde los kinesiólogos la torturan con el mandato motriz: ¡a caminar!

Del sexo pago al que puede aspirar la postrada, los *influencers* “disca” en TikTok, las ventajas y desventajas de amputarse un miembro para colocarse un garfio de carbono al cambio de estilo producto de la proeza práctica de escribir con la izquierda que mutila el barroco que era su marca…

Con una ferocidad mordaz y una endiablada y novedosa ternura para consigo misma, esta autora cardinal empuja al desvío la suerte de toda la literatura en español de las últimas décadas. Contra el abismo de sí misma, el abismo de un idioma. Ante el vacío de una nueva existencia, el gesto de mirarse refleja la extrema vulnerabilidad de la especie. Y su pertinaz deseo de vivir.

MARÍA MORENO

Nació en Buenos Aires. Periodista, narradora y crítica cultural. En 2002 obtuvo la prestigiosa beca Guggenheim, en 2019 el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas, en 2023 el Premio Ñ a la trayectoria y en 2024 el Premio Konex de Brillante. Ha escrito la novela *El affair Skeffington* (1992) y la no ficción *El petiso orejudo* (1994), y ha realizado el prólogo y la selección de artículos de *Enrique Raab. Periodismo todoterreno* (2015). Sus ya célebres crónicas, ensayos y entrevistas han sido recopiladas en *A tontas y a locas* (2001), *El fin del sexo y otras mentiras* (2002), *Vida de vivos* (2005, reedición ampliada en 2024), *Banco a la sombra* (2007, reedición ampliada en 2019), *Teoría de la noche* (2011), *La Comuna de Buenos Aires. Relatos al pie del 2001* (2011, reedición ampliada en 2021), *Subrayados. Leer hasta que la muerte nos separe* (2013), *Panfleto. Erótica y feminismo* (2018), *Contramarcha* (2020), *Pero aun así. Elogios y despedidas* (2023) y *Por cuatro días locos. Pequeño inventario de la Patria pop* (2024). En 2018 publicó *Oración. Carta a Vicki y otras elegías políticas*, que continuó el suceso del consagratorio *Black out*, ganador del Premio de la Crítica de la Feria del Libro de Buenos Aires y señalado como uno de los diez libros que marcaron 2016 según *The New York Times*. Su obra está siendo traducida al inglés y el portugués.

Otros títulos de María Moreno en
penguinlibros.com

María Moreno
La merma / María Moreno. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2025.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-410-9

1. Crónicas. I. Título.
CDD 070.44

Foto de tapa: © Sebastián Freire
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: junio de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor.
El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-987-769-410-9

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

La merma
Dedicatoria
La “Operación”
Basavilbazo
Un jardín
Biónica
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de María Moreno
Créditos

Hitos

Cubierta
Portada
Créditos